

10109

M. Moraima Marín Ronz

Antiguas escenas del Pacho Viejo que no conocimos: narraciones populares



M. Moraima Marín Ronzón

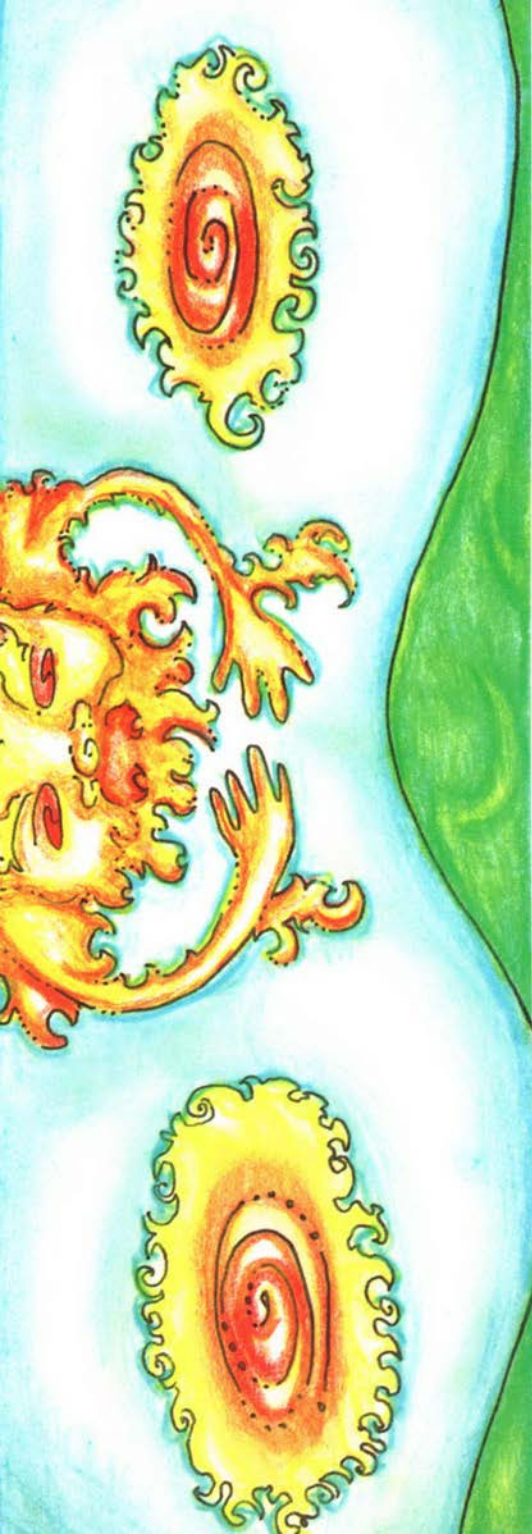


Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA)
Dirección General de Culturas Populares (PACMYC)
Unidad Regional Xalapa.

Antiguas escenas del Pacho Viejo

que no conocimos: narraciones populares





M. Moraima Marín Ronzón

18109

**Antiguas escenas del
Pacho Viejo que no conocimos:
narraciones populares**

PALMYC Proy. 026/97

**BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION**
Dirección General de Culturas Populares

Xalapa - 1998.

*Antiguas escenas del
Pacho Viejo que no conocimos:
narraciones populares*

M. Moraima Marín Ronzón



**BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION**

Dirección General de Culturas Populares

Portada: M. Moraima Marín R.
Contraportada: Angélica González Macías.
Fotos: M. Moraima Marín R.
Ilustraciones: Angélica González Macías.

Primera edición agosto de 1998
M. Moraima Marín Ronzón
© Independencia 64 Col. Centro
Pacho Viejo, Ver.
ISBN: 970-91663-1-x

 Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA)
Dirección General de Culturas Populares (PACMYC)

**BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION**
Dirección General de Culturas Populares

*Agradezco mucho el apoyo de
Culturas Populares
Unidad Regional Xalapa,
con el cual nos ha sido posible
recrear sueños ajenos.*

La autora.

Xalapa, Ver., agosto de 1998.

A mis padres,
a mis hermanos
y a mis amigos:
Sandra Beltrán Abad
Carlos Alberto Fernández
Alma Lucía Rojas Castro



INDICE

I PROLOGO

II HISTORIAS

Pacho	1
Los zapatistas burlados	5
Persecución Cristera	7
Mi boda en la Revolución Cristera	8
Mis amigos de la "Guerra Sorda"	10
Escuela Primaria Manuel Carreto García	13
Fortunato Ronzón	15
Gonzalo Quiroz: un hombre con tesón	20
Fiesta de San José	26
Todos Santos	28

III CUENTOS

Las verdolagas	33
El dinero perdido	35
La moneda	39
La casada infiel	42
El compadre ambicioso	46
Jorge, el acaudalado	51
El grosero Lucas	54
La mujer dominante	57
El hombre tacaño	60
Juan tonto	63
El gallo	65
El castigo de Esperanza	70
El pingo, Clarita y su esposo	74
El diablo ufano	79
El reflejo en la luna	81
La finca de la loca	85

IV LEYENDAS

El muerto peludo	93
La sábana blanca	96
El muerto traidor	98
La ladrona	105
La lavandera	109
Una presuntuosa mujer	112
Los gritos de la llorona	115
La joven de la bacinica	118
Las ánimas benditas	121
Gertrudis y el pituche	125
El alma sedienta	130
La reina de la noche	132
La voz del pozo	139
La nahuala quemada	141
El enemigo	145
El incrédulo Nicolás	149
El miedo de Pancho	153

V. FUENTES DE INFORMACION

E INFORMANTES	155
----------------------------	------------

PRÓLOGO

La vida de un pueblo, bien lo ha demostrado *Vladimir Propp*, se escribe a través de sus relatos. El conjunto de rasgos que definen una cultura, tanto en su devenir histórico como en su instante presente, aparece impreso visiblemente en los motivos, los recursos estilísticos y la manera de narrar un acontecimiento. El trabajo sistemático de recopilación y análisis del cuento popular ruso le ha permitido a este etnólogo proponer no sólo una metodología para el análisis antropológico y literario, sino también inaugurar una nueva concepción de cultura, en la que lo popular se coloca, por derecho propio, al lado de las manifestaciones sublimes de la cultura de élite. Sin embargo, a la par de sus méritos histórico-sociales, la literatura popular añade al encanto de un estilo *naif*, la prodigiosa versatilidad de una creación que, por ser anónima, es multiforme, de creación colectiva, y una capacidad de transmisión que no es usual en la literatura culta.

En efecto, la literatura popular sobrevive a los cambios históricos y sociales precisamente porque no posee el asidero de la escritura: escapa a la normatividad, al criterio del gusto, a los caprichos de la moda o a los cánones siempre cambiantes en el terreno estético. La literatura popular es viva, justamente porque permanece al lado de seres que trabajan, imaginan, sueñan, viven...

Convencidos como estamos de que la mayor riqueza de un pueblo estriba en su cultura, en su memoria histórica y en su vida cotidiana, no deja de parecernos loable que existan investigadores como Moraima Marín, interesados en poner a salvo del tiempo y del infausto olvido las historias, cuentos y leyendas que crecen, como infantes, al calor del fogón familiar. Y es que el apresuramiento que parece signar los nuevos tiempos tiende a desvalorizar los frutos del pasado, como si se tratara de lastres, rémoras o ataduras, en tanto erige como valores únicos las inciertas perspectivas de un futuro magnificado.

La tarea de rescate, ayer mirada como motivo romántico o como actividad de obsesivo y obcecado atesoramiento es, en realidad, tarea que pone a salvo del naufragio de los tiempos aquello en lo que creemos ver un valor. Las historias familiares, los recuerdos, las narraciones de experiencias personales o colectivas, la fantasía que ha alimentado nuestro crecimiento, todo ello configura nuestra manera de ser y de actuar. Su pérdida, su paulatino empobrecimiento, constituye por ello un menoscabo.

Siendo Veracruz un Estado en el que coexisten diversos grupos étnicos, y en el que la historia ha dejado la huella ostensible de la diferencia, resulta una auténtica necesidad la urgente tarea del salvamento cultural: los cuentos y leyendas de huastecos, totonacos, nahuatlato, de los escasos

resabios de la cultura olmeca y mayance, de los múltiples pueblos de la región ístmica, de los grupos mestizos, de los transterrados franceses, italianos, alemanes o españoles, y, finalmente, las experiencias disímiles del pescador del golfo, del campesino y ganadero de las grandes llanuras sotaventinas, de los pobladores de las sierras alimentan de manera proteica el acervo de la imaginería jarocho.

Y esa tarea posee ya antecedentes de importancia invaluable: el trabajo de Roberto Williams García entre los tepehuas, de Julieta Campos entre los nahuas del sur, de Melgarejo Vivanco y Crescencio García entre los totonacos, de Álvarez Boada entre los trovadores de las Huastecas, de los grupos Chuchumbé, Son de madera y Mono blanco, entre los soneros, decimistas y huapangueros del sur, así como del conjunto de investigadores, docentes y tesisistas en las áreas de la antropología, la literatura o las artes plásticas, han recuperado y harán permanecer, mediante la escritura, centenares de composiciones y textos cuyos méritos todavía no han sido puestos de relieve.

Entre este grupo de investigadores vale la pena mencionar a aquellos que, con el apoyo del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMYC), ofrecen al lector en ediciones de tiraje limitado, el fruto de su trabajo. Retengo en la memoria tres ejemplos correspondientes al centro del Estado: **Cuando el quetzal habla, mi alma**

canta. Cuentos, versos y leyendas de un pueblo de paso, de Gerardo Domínguez Medorio, **Narraciones de Naolinco,** de Teresa Pérez Ornelas y **Cuentos y leyendas de la región de Naolinco,** de Alberto Espejo, Rosalía Hernández Lemus y Moraima Marín. Ahora, la última investigadora ha retomado su pueblo natal para hacer de él un entrañable objeto de estudio, en cuya objetividad permea el amor por la tierra.

Los textos que nos presenta en este volumen constituyen un primer ejemplo de las historias, cuentos y leyendas de esa pequeña población, próxima a la capital del Estado.

Uno pensaría que un lugar tan pequeño y tan próximo a Xalapa carecería de una tradición propia, sin embargo, Moraima nos aproxima de una manera vívida a su historia, al modo en que la población se fue consolidando, todavía en la época colonial, nos cuenta la historia de los personajes más destacados y nos introduce en un mundo fantástico en el que campean las apariciones, los hechos insólitos, las voces remotas que pueblan sus estrechas veredas... Detenerse en cada narración nos permite asomarnos a esa faceta mágica que existe detrás de todo pueblo.

La investigadora ha dispuesto el material en tres grandes grupos: lo que pertenece al pasado y que posee un trasfondo real, materializado en historias de la población: los pormenores de su fundación y ulterior traslado, que explica la

existencia de dos lugares con el mismo nombre, los personajes que, apenas hace unas cuantas décadas deambularan por su intrincada topografía, así como las costumbres que hoy lo caracterizan. De otra parte, está el fondo legendario, con las figuras clásicas de la tradición mexicana y latinoamericana: la llorona, las voces de las ánimas y el sombrero; finalmente, sobre la base de lo cómico y lo didáctico, los cuentos introducen ese otro mundo de la imaginación, en el que los personajes fungen como ejemplo moral para los humanos de todos los tiempos: la mujer mandona (que nos recuerda de manera muy próxima los *enxiemplos* medievales del Conde Lucanor), el hermano invadido por la avaricia, etc.

A la fecundidad de las historias se une la amena forma de contar la historia. Moraima Marín recupera la gracia y el desenfado de los narradores de pueblo: las expresiones pícaras, la gracia de ciertas expresiones eufemísticas o, por el contrario, la abierta transgresión del insulto, trasladando así a la escritura las formas de expresión popular de este lugar.

Si uno lee este texto, encontrará sin duda recreados aquí, en conjunto, el universo mágico de los pequeños pueblos, más la escala de valores que lo rigen, la expresión particular del mismo, y su historia, simultáneamente. Mérito que no corresponde al conjunto de antologías o volúmenes que recogen la tradición oral, sino sólo a aquellos que han sabido penetrar en el espíritu colectivo de un lugar.

El haber trabajado antes sobre la literatura popular de Naolinco, ha servido como guía para la autora. Su formación en la literatura latinoamericana y el tiempo en que ella ha incursionado en el periodismo, han aguzado su estilo. Su interés por el tema, además, le compromete en una tarea interminable. Ahora mismo, se encuentra ya preparando un nuevo volumen, mucho más amplio, esta vez sobre Chicontepec... Pero esa es ya otra historia...

No nos resta más que felicitar a la autora por sus aciertos e invitar al lector a dar vida al mundo de la ficción. La lectura reinserta la escritura en su universo significante, le dota de una nueva existencia. Hemos encontrado una buena guía y, creemos, este será un texto que alimentará la imaginación, no solamente la de aquellos que, por vivir en la pequeña Pacho, se sientan ligados al texto de manera directa: la imaginación y la fantasía, terrenos sin propietario, habitan en todos y cada uno de nosotros.

Efrén Ortiz Domínguez
Xalapa, Ver., julio 23 de 1998.

Historias

PACHO

Fue en el año de 1592 cuando surgió el ingenio de Nuestra Señora de los Remedios, hoy conocido como Pacho. Abarcaba tantas caballerías que de ahí deriva la certeza de que Pacho Viejo y Pacho Nuevo son una misma hacienda dividida únicamente por la comunidad llamada Nacaxtle.

Las personas que fundaron la hacienda fueron Juan Quiroz y Sebastián Díaz, quienes solamente la utilizaban para sembrar y moler caña de azúcar que vendían en Veracruz y los estados de Puebla y México.

La hacienda o ingenio recibió el nombre de Nuestra Señora de los Remedios porque el primer dueño trajo la imagen de la virgen española a tierras mexicanas y la instaló en la capilla, donde aún continúa venerándose pero no se sabe con exactitud si la figura es la auténtica o una réplica.

En sus inicios la hacienda tenía pocos esclavos que la atendían, entre los cuales destacan Francisco Fula, Antón, Francisco y Andrés Biáfara, Juan Barn, Ana Fromesta y Felipa.

Posteriormente, en 1597, la hacienda pasó a manos de Alonso de Villanueva, quien había sido alcalde mayor de Xalapa y la administró por espacio de algunos años.

Es el día 3 de diciembre de 1619 cuando Luis Pacho Mejía, vecino y regidor del ayuntamiento de la ciudad de

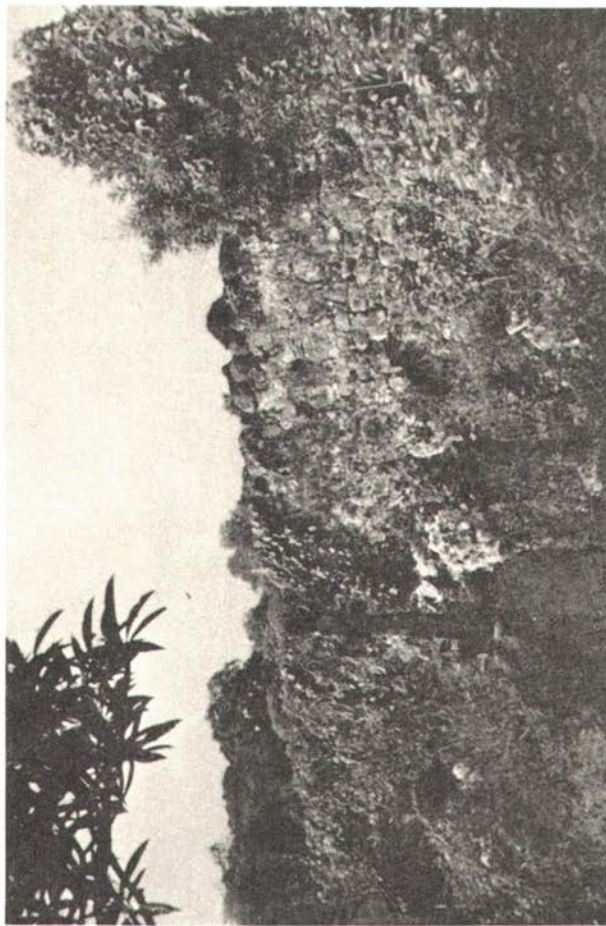
México, compra la hacienda en 64 mil pesos, pero toma posesión de ella el 16 de enero de 1620 y, al hacerlo, el número de esclavos se había incrementado de 7 a 57.

Durante el tiempo en que Luis Pacho Mejía administró la hacienda, ésta dejó de llamarse Nuestra Señora de los remedios y comenzó a adoptar el nombre de Pacho, gracias a la gran influencia que el hacendado tuvo en ese lugar hasta 1638, fecha en que murió.

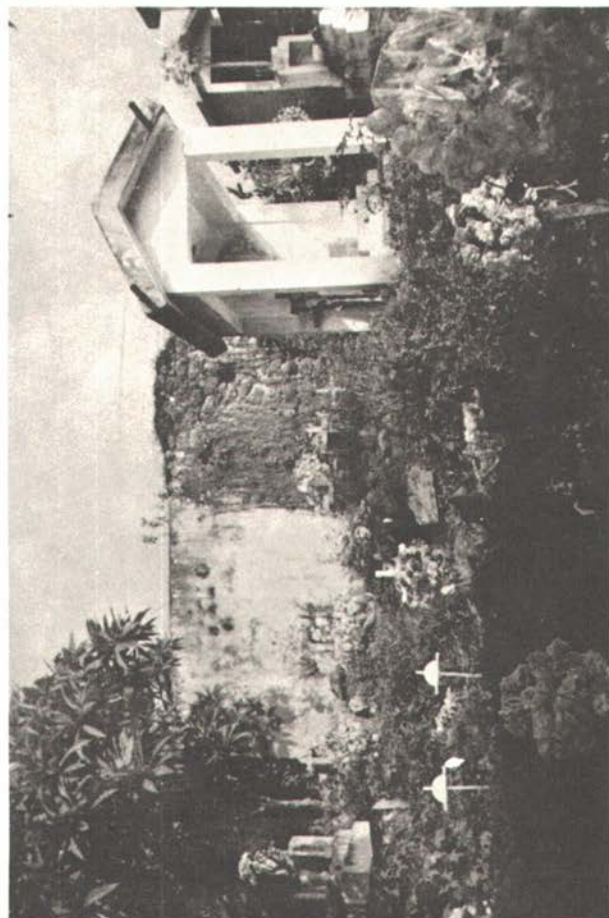
La tradición oral cuenta que primero se fundó la hacienda de Pacho Viejo, localizada en lo que hoy es el panteón del lugar y todavía puede apreciarse parte de los viejos muros que sostienen el casco y pedazos de paredes incrustadas en una frondosa higuera, pero cuando pertenecía a los Pacho mejía, éstos y sus trabajadores tuvieron que abandonarla debido a una gran sequía que azotó el lugar y acabó con todo.

De este modo surgen Pacho Viejo y Pacho Nuevo, formados por las familias de los trabajadores del muy respetable hacendado.

Desafortunadamente en ninguna de las haciendas existe gente con el apelativo Pacho, pero cabe destacar que los apellidos más sobresalientes que se han conservado desde 1804, 1805 y 1816 en Pacho Viejo son Tejeda, Conde y Ronzón.



MUROS de la Hacienda de Pacho Viejo
que todavía sobreviven.



RESTOS de lo que fue la Hacienda
de Pacho Viejo, hoy convertida en panteón.

LOS ZAPATISTAS BURLADOS

Cuando mi abuelo trabajaba en la escuela primaria de este lugar, en la época de la Revolución, mandaba a mi abuelita a cobrar su sueldo.

Ella solía llevar una cubetita con nixtamal para molerlo, pero antes de llegar al molino entraba al Palacio Municipal para que le pagaran con puras monedas de oro, pues no había otra forma.

Aparte de la cubeta, la mujer cargaba consigo un papel en el que envolvía el dinero y luego lo sepultaba en la masa, pues debía pasar por donde se encontraban los zapatistas, quienes le preguntaban con aires de prepotencia:

- ¿Qué lleva ahí, señora?

-¿Dónde?

- Debajo del paño

- Pues llevo la masa para mis tortillas.

- A ver, enséñenos.

Para quedar conformes, los zapatistas hacían que mi abuelita se quitara el rebozo.

- Miren señores, vine al molino -, contestaba la señora con una gran seguridad, mientras mostraba su recipiente.

- ¡Ah!, bueno, bueno, pásele.

Sólo de esta manera ella lograba salvar la quincena de su esposo y burlarse de los zapatistas.

PERSECUCION CRISTERA

Durante la revolución cristera los federales se encargaban de perseguir por todos los rincones a los sacerdotes, quienes tenían que officiar las misas lejos, en casas particulares y a escondidas del gobierno.

Eso fue cuando Adalberto Tejeda mandó cerrar todos los templos porque le incomodaba que se adorara tanto a Dios.

Nunca se olvidará un 12 de diciembre en que una multitud escuchó misa en la iglesia de Tepeyahualco, pues quién sabe por qué fue la única que permaneció abierta a los feligreses.

Ese movimiento anticlerical y anticristiano fue una historia verdaderamente horrible y bien difícil de asimilar para todo creyente, pues los curas eran acribillados y nomás se veía el correr de la sangre por sus blancas sotanas.

Cerca de aquí hubo un federal que quiso burlarse de la imagen de una virgencita a la cual arrojó una bomba, pero afortunadamente ésta fue a caer en un enorme cristo de fierro, evitando que la estatua fuera hecha trizas.

Poco después se supo que el hombre que había cometido tan bárbaro sacrilegio enfermó gravemente y, dicen que se salvó, pero perdió el habla por completo y arrepentido, confesó el que consideraba su más grande pecado en contra del Cristianismo, quedó engarrotado como castigo a sus malas acciones.

MI BODA EN LA REVOLUCION CRISTERA

En aquel tiempo los sacerdotes no trabajaban y si desobedecían las órdenes del gobierno, entonces eran asesinados, por eso mi mujer y yo tuvimos que casarnos de noche escondidos en la colonia Los Carriles de Coatepec.

Mira, Alonso Alarcón, de Coatepec, me dijo que él me apadrinaría, pero los tíos de Manuela, que en paz descanse, no querían que ella se casara porque era quien les realizaba todos los quehaceres domésticos.

Pues bien, mi padrino fue a pedírmela y ya estando en casa de los tíos de la mujer, me preguntó:

- Oye. José, ¿estás listo para casarte?, ¿estás seguro que quieres hacerlo?

- Pero padrino, yo soy huérfano y no tengo a nadie, por lo tanto ya sé lo que voy a hacer. Además acabo de hablar con ella en el Pozo Zarco y me aseguró que sí quiere unirse a mí.

- ¡Así se habla, hijo!

- En esos años tenía yo noventa pesos de aquellos, con los que aún podía comprarse muchas cosas. Un sábado fuimos a pedirla; sus tíos la llamaron y le dijeron:

- A ver tú, Manuela, ven acá. Te hablan estos señores.

- ¿Sí?, ¿qué quieren que les diga?

- Parece que vienen a pedir tu mano, pero ¿verdad que no te vas a casar?

- ¡Claro que sí! Les había dicho que no lo haría, pero sí me caso y sí me caso, porque quiero a José y él es todo para mí.

Los viejos aceptaron de mala gana y nos pusieron tres meses de plazo, pero para desgracia nuestra estaba lo de la persecución cristera.

Pues bien, al tercer día busqué a Alonso Alarcón para recordarle lo del apadrinamiento y descubrí que se encontraba acompañado de un hombre extraño para mí, quien resultó ser cura y se ofreció casarme con Manuela ese mismo día.

Inmediatamente corrí a comunicarle la buena noticia a mi señora y a otras mujeres para que nos acompañaran a la ceremonia. Ya ni la vestí de blanco para que los federales no se enteraran.

La boda se celebró entre las siete u ocho de la noche en Los Carriles y al día siguiente hubo misa en otro lugar más alejado al cual asistí con mi mujercita vestida de blanco.

Y así pasó el tiempo en el que fuimos bien felices, con una que otra dificultad, como en todo matrimonio pero, como te digo, la vida es una historia y la de mi boda fue muy hermosa porque tu abuelita y yo nos salimos con la nuestra al vencer el orgullo de sus tíos y la persecución cristera, hasta que la muerte me la quitó hace seis años.

MIS AMIGOS DE LA “GUERRA SORDA”

Como todos sabemos, la “Guerra Sorda” se inició por causa de un hacendado de Almolonga, a quien asaltaron y en venganza pidió armas al gobierno y formó varios grupos de pistoleros.

Pues bien, Pacho Viejo no fue la excepción y aún en los años setentas la gente foránea despreciaba la comunidad argumentando que era tierra de matones y montoneros, pero una vez instalado el reclusorio regional de Xalapa, en 1980, las cosas cambiaron por completo, ya que a partir de ahí el lugar es visitado por cientos de personas.

En el pistolerismo los hombres mataban a cuanta gente le resultaba antipática; se creían poderosos solamente porque las armas les producían mucho valor y nadie podía insultarles con tanta facilidad o mirarles fijamente a los ojos, porque enseguida reclamaban:

- ¡Hey, tú, hijo de puta!, ¿qué me ves? ¿Acaso no me conoces?

Y sin más ni más desenfundaban las pistolas y les disparaban hasta asegurarse de que habían quedado bien muertos y, en caso de que no fuera así, se atrevían a darles el tiro de gracia en plena frente.

Pero también hay que reconocer algo muy importante: algunos eran muy respetuosos con quienes les convenía.

En ese entonces había un comprador naranja en Tuzamapan, Jalcomulco, Bella Esperanza, La Estanzuela, Pacho Nuevo y Coatepec, quien no le tenía miedo a la “Guerra Sorda”, a pesar de que sus hermanos le advertían que no fuera tan lejos por la fruta. Pero nadie sabía que contaba con el apoyo de su primo Herlindo, quien se llevaba bastante bien con gran parte de los matones. Él solía decirles:

- Oigan, canijos, cuidenme mucho a un hombre moreno, alto, que anda trabajando por aquí. Es mi primo y mi compadre. Mucho cuidado, ¿Eh?

Cierto día en Alborada venía el comprador de naranja cargando su bastimento al hombro cuando de repente se le acercaron cinco integrantes de la “Guerra Sorda”, quienes comenzaron a insultarle y a retarlo sin que el otro les hubiera provocado. Sacaron sus armas, estaban a punto de dispararle y por pura casualidad que sale el jefe gritándoles muy fuerte:

- ¿Qué hacen, pendejos? ¡No disparen, no disparen! ¿Qué no conocen a este señor? ¿Ya se les olvidó que es primo de Herlindo? ¡Déjenlo libre, bola de borrachos!

Y ya saben, para la próxima anden con mucho cuidado porque éste es un hombre bien trabajador. Yo lo aprecio mucho porque nunca se rinde ante nada.

Los pistoleros se quedaron perplejos ante el regaño de su jefe y de ahí en adelante comenzaron a respetar a don José, tanto que cada vez que lo veían pasar por donde estaban lo

acompañaban hasta la estación donde tenía que tomar el tren mixto.

Por eso siempre vale más tener verdaderos amigos que un puñado de monedas en la bolsa, porque el dinero se acaba y la amistad es inmortal mientras sepa conservarse.

ESCUELA PRIMARIA MANUEL CARRETO GARCIA

La primera escuela fundada en Pacho Viejo se encontraba en lo que hoy es el jardín de niños y funcionaba mañana y tarde. En el turno matutino se atendía primero y segundo grado y en el vespertino, tercer año. Estaba hecha de tabla de tejamanil, como la mayoría de las casas, lucía muy bonita.

Las clases terminaban a las tres de la tarde y de cuatro a cinco el profesor impartía catecismo.

El primer docente que tuvo la escuela se llamó Manuel Carreto García, de quien se dice era muy cruel debido a que no dejaba platicar a los alumnos en el salón. Él solía pasearse en medio de todas las filas y al chiquillo que veía platicar le daba de varazos por la espalda para que pusiera atención.

Si los niños se portaban mal o no se aplicaban, entonces tenían que arrodillarse sobre pequeñas piedras o maíces durante un largo rato hasta que prometían ser buenos y obedientes.

Pero a pesar de la exigencia y castigos del profesor hacia los estudiantes, mucha gente quedó satisfecha con él, pues si no hubiera sido estricto los alumnos no hubieran aprendido nada.

En agradecimiento al noble empeño del maestro, la escuela llevaba puesto su nombre en una placa, pero con el paso del tiempo le fue borrado.



MANUEL Carreto García, primer docente y fundador de la Escuela Primaria de Pacho Viejo.

FORTUNATO RONZON

Fortunato Ronzón nació aquí, en Pacho Viejo, fue un hombre muy honrado, trabajador y tranquilo; la gente de este lugar lo apreciaba de verdad. Además, fue uno de los iniciadores del agrarismo.

Físicamente era muy alto y, por lo mismo, medio jorobado.

Juntos solíamos cazar los mapaches que sacaban el maíz de la siembra. Ibamos al campo con nuestros perros y un día matamos nueve conejos con los que hicimos una gran comida.

Por desgracia ese hombre recibió las armas del gobierno cuando ocurrió lo de la llamada “Guerra Sorda” y se hizo jefe en este pueblo. Anduvo involucrado en esas guerrillas, teniendo como principal enemigo a Delfino León, un señor bien valiente y con “muchos pantalones” cuando lo provocaban sin razón.

Pues sábete que no es bueno hablar de la gente nomás porque sí, y a Fortunato se le fue chueca la lengua al contar que iba a matar a Delfino, quien se enteró e inmediatamente fue a verlo al monte para reclamarle.

- Me han “calentado” la cabeza, Fortunato. Dicen por ahí que desea matarme y quisiera saber por qué pretende hacerlo si yo no le he dado motivos.

- ¡Pero si yo no he dicho nada! -, contestó Fortunato, casi a punto de hincársele para que le creyera.

- ¡No sea usted rajón, sea hombre! Saque su pistola y yo la mía. ¡Andele!

Delfino acosó y acosó a Fortunato, pero éste le tuvo miedo y no aceptó el reto. Posiblemente la inseguridad le impedía que se enfrentara a alguien.

¡Ah!, pero en el baile de las fiestas titulares de esta comunidad, que anteriormente se efectuaban a los diecisiete días después de Semana Santa y eran amenizadas por música de viento y tambor, llegó Fortunato acompañado de cinco hombres armados, buscó a Delfino, lo agarró, lo insultó y lo mató como si se tratara de cualquier animal, sin darle el mínimo tiempo a que se defendiera.

Luego de su fechoría, se vio en la necesidad de huir cobardemente de Pacho, no sin antes entregar las armas, pues Delfino era la segunda víctima que asesinaba y se sentía acorralado pensando que las familias de los difuntos se vengarían.

Como no había de otra, este canalla tuvo que escapar rumbo a Xalapa, donde tenía parientes, y se volvió fiel amigo del alcohol.

Mientras tanto, Lino, el hijo de Delfino, que también era un hombre vigoroso, fuerte y robusto, buscaba vengar a su

padre a través de la justicia, de modo que les explicó a sus amigos:

- Miren, anda aquí un viejo alto y un poco jorobado... El día en que lo vean por aquí échenme un grito porque “ése” acabó con la vida de mi papá. Me han dicho que por aquí pasa el hijo de su puta madre, ayúdenme, no la jodan.

No transcurrió mucho tiempo para que los garroteros descubrieran a Fortunato cuando estaba cómodamente tomando licor en una cantina.

- Lino, Lino, ven, corre. Ahí está el individuo que dices. ¡Date prisa o se te irá! ¡Ahí, en la cantina!

Lino, a quien los ojos brillaban de coraje, se emocionó mucho al saber que pronto tendría entre sus manos al homicida de su padre; se hizo acompañar por una pareja de gendarmes y entre todos lo agarraron fácilmente.

- Muchachos, háganme un favor... suéltanmelo un rato. No crean que lo voy a destrozar, sólo quiero darle unos golpes al hijo de su chingada madre para que le sirvan de lección y no olvide a Delfino León.

- ¡Claro que sí! -, contestaron los gendarmes -, pero no lo vaya a matar si no quiere encharcarse diez o más años en la cárcel.

Y como Lino era bastante fuerte, en cada patada que le propinaba a Fortunato lo mandaba lejísimos. Así una vez que sació su venganza, les ordenó a los policías que se lo llevaran.

El hombre fue encarcelado en Coatepec, pero no por mucho tiempo debido a que pronto llegó el general Morales a esa ciudad, con el propósito de liberar a los presidiarios que quisieran irse con él de rebeldes.

Eugenio Molina, nativo de aquí, era su asistente y poseía una lista con los nombres de la gente que saldría de la prisión, entre los cuales figuraba Fortunato Ronzón, quien tenía enormes deseos de libertad, para lo cual pretextaba:

- ¡Eugenio, Eugenio, apúntame, yo me voy con los rebeldes!

- ¡No señor! ¡Cómo te voy a anotar si el general me ha prohibido que se te mueva de aquí, aunque estés en la lista!

Aquí te me estás, tranquilito, hasta que me den nuevas órdenes, ¿entendido?

Fortunato frunció el ceño. No contestó nada y quedó solo en la celda, pensativo y triste. Tal vez en otra ocasión habría oportunidad de mirar el sol y las nubes.

Finalmente, el general, que ya estaba enterado de la clase de criminal que era Fortunato Ronzón, dispuso que lo liberaran.

Poco faltó para que Fortunato bailara de gusto al enterarse de tan grata noticia. ¡Era lo mejor que había escuchado luego de tantos días de encierro! No obstante, las cosas serían bien distintas a como las había imaginado, porque no formó parte de ningún grupo de insurrectos, sino que lo dejaron en “libertad” para que pagara con su vida los crímenes que había cometido.

Lo amarraron de pies y manos y lo colgaron boca abajo de la cola del caballo. El animal lo arrastró desde la cárcel hasta el cementerio, donde llegó más muerto que vivo, pues el camino estaba hecho de vil terracería y piedras. Cuentan que su cara quedó bien desfigurada, mas eso no fue todo, porque luego lo descolgaron del caballo para fusilarlo por andar arrebatando vidas nomás porque sí.

Fortunato Ronzón era noble, honrado y trabajador, por eso una calle cerca de la iglesia lleva su nombre, pero se volvió malo, poderoso y valentón al haber tomado las armas.

GONZALO QUIROZ: UN HOMBRE CON TESÓN

Nació el 30 de diciembre de 1908 en la ciudad de Coatepec, pero siempre sintió gran preferencia por Pacho Viejo, lugar en que hizo la mayor parte de su vida. Fue un hombre sencillo, humilde, trabajador y, sobre todo, inteligente.

Su primer trabajo consistió en ser caballerango de los Jácome y los Lavín, vecinos de su ciudad natal. Luego aprendió el oficio de hacer velas, producto que en aquellos años era muy cotizado debido a la falta de luz eléctrica.

Sin embargo, a medida que este joven crecía, su ilusión por ser aviador aumentaba. En sus ratos libres, que eran muy pocos, solía refugiarse en la lectura de revistas especializadas en aerotécnica y miraba una y otra vez los aviones que en ellas figuraban hasta que en 1930 tuvo la idea de construir, empíricamente, una avioneta equipada con motor de 30 hp, marca internacional, de 4 cilindros, con 1.5 mts. cuadrados de ala, un fuselaje de 7 metros y un peso total de 300 kilos, sin ser mecánico, ni ingeniero, sólo basándose en lo que era un aparato de ese tipo y contando con el apoyo moral y económico de sus verdaderos amigos, quienes tenían depositada toda su confianza en él.

Aproximadamente en 1935, don José Daniel Gonzalo Quiroz López se trasladó a Pacho Viejo, donde se dedicó a la compra de naranja y ahí continuó la ensambladura del artefacto que le llevó siete años.

Para el diecinueve de mayo de 1937 el aeroplano estaba concluido, pero las autoridades del municipio de Coatepec impidieron al dueño que hiciera sus pruebas de aviación, temiendo que se accidentara, pues carecía de nociones para emprender el vuelo. De esta manera, se dirigió respetuosamente a Francisco Booc de Parada, jefe del campo aeronáutico de Miradores, Veracruz, a quien informó lo que había hecho y solicitó permiso para probar la nave:

“Señor

Francisco Booc de Parada

Jefe del Campo de Aeronáutica

de Miradores, Veracruz

Muy señor mío:

Sin tener el gusto de conocerle, le saludo de la manera más atenta, comunicándole que he construido un avioncito y, no teniendo campo suficiente para hacer las pruebas, solicito, si no le es gravoso, permitirme hacer las pruebas en su campo que tiene establecido en Miradores.

Las autoridades de este municipio me prohibieron el intento de vuelo y me exigen permiso. Mi aparato está mal construido, que no sé si dará resultado. Yo no conozco nada de aviación, ni soy mecánico, he leído y me he formado una idea. Lo hice con miles de sacrificios, de limosna y regalado. Me ha gustado la aviación desde que era chico, pero como para esas cosas se necesita dinero y yo soy bastante pobre, me he visto obligado a estudiar por sí solo.

Agradeceré me conceda llevarlo a su campo para probarlo, guardarlo y reforzarlo para que quede fuerte.

Gonzalo Quiroz".

La petición de don Gonzalo no tuvo éxito porque para ello Booc de Parada le exigía permiso de la Secretaría de Comunicaciones, ante la cual el inventor mandó una fotografía, prometiendo perfeccionar el aparato una vez conseguida la licencia:

"Solicito a Uds. me ayuden extendiendo el permiso sin costo alguno para probarlo (el avión) en el campo aeronáutico de Miradores, que está a cargo del señor Francisco Booc de Parada, con quien hablé personalmente y me exige dicho requisito.

Siete años he luchado para construir este aparato y mientras no muera he de luchar hasta vencer.

Solicito, de la manera más atenta, me extiendan el permiso para poder seguir adelante con mis locuras. Creen que me voy a matar y dicen que estoy loco, es lo único que se oye decir en esta ciudad.

Sin más por el momento, espero sus órdenes, dando las gracias por su atención como su Atto. y Afmo. S.S.

Gonzalo Quiroz

Coatepec, Ver., a 19 de mayo de 1937"

Al no obtener respuesta, don Gonzalo llevó la avioneta atrás de la iglesia de la Laguna, lugar que funcionaba como aeropuerto y, sujetado por dos tractores, hizo que el artefacto se elevara y descendiera sin que le ocurriera el mínimo accidente.

Tras haber emprendido el vuelo, en 1937, el ingenioso hombre decidió estudiar aeronáutica en la Escuela Mexicana de Aerotécnica, donde conoció a unos colombianos a quienes invitó a Pacho Viejo para que probaran su invento.

Desgraciadamente no concluyó sus estudios por falta de recursos económicos, pues sólo había llevado quinientos pesos que le sirvieron para estar en México año y medio pero, aún así, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial lo mandaron traer para que sirviera en el escuadrón 501, aunque nomás estuvo de reserva en México durante tres meses.

Una vez que regresó a su tierra de origen continuó comprando naranja, papaya y chilares por el rumbo de Apazapan y Cerro Colorado, donde conoció a la mujer con la que se casó, olvidándose por completo de aquel sueño que vio realizado en gran parte.

Fue dueño de la primera refaccionaria de Coatepec, localizada en la esquina de Colón y Zamora, una bodega de naranja en la calle Constitución, por la iglesia de El Calvario, ganado vacuno, cafetales y cañales en Pacho Viejo.

Era un hombre muy capaz tanto que, sin haber estudiado, sabía hacer cálculos arquitectónicos a la perfección y su

casa era visitada por jóvenes de la Universidad, a quienes les ayudaba a hacer planos por la módica cantidad de tres pesos.

El modesto y talentoso hombre murió el 22 de julio de 1992, a la edad de 83 años.



GONZALO Quiroz, antes de emprender el vuelo en la avioneta construida por él mismo.

FIESTA DE SAN JOSE

En la construcción de la primera iglesia de Pacho Viejo, en 1908, mucha gente participó bajando del cerro tenates llenos de piedras grandes y chicas para comenzar con los cimientos. A lo lejos se veía el alegre chiquillero corriendo de un lado para otro en busca de pequeñas rocas con las que contribuían a los avances del santuario.

Pero aún cuando el templo no estaba edificado, en domicilios particulares celebraban las fiestas patronales en honor a San José, fungiendo como mayordomos los habitantes que tenían más dinero, por ejemplo, "Las Valdeses" o el abuelo de José Ronzón Hernández.

El mayordomo al que le tocaba organizar las festividades debía aportar una vaca o un toro e invitar al pueblo entero hasta que se acabara la carne. Generalmente la conmemoración se llevaba ocho días en los que se hacían rosarios, procesiones y comidas, sin nada de baile como ahora.

Las celebraciones no se efectuaban ni el 19 de marzo ni el primero de mayo, sino que debían coincidir, con "la Purificación de San José", aproximadamente diecisiete días después de la Semana Santa.

Una vez terminada la capilla, las celebraciones dejaron de hacerse en las casas y en 1962, cuando correspondió la mayordomía al señor Pedro Carreto, quedó establecido que el día primero de mayo sería la única fecha para festejar a San José.





IGLESIA de San José, construida en 1908.

TODOS SANTOS

Octubre

*Aún no has nacido y ya
perfumas sempoaxochitl,
las almas condenadas
te esperan con ansiedad.
Cuentan
u... no
a
u... no
los días de tu llegada.
Eres quien derriba negras estatuas,
quien abre frios mármoles.
Ellas se alistan,
deambulan con vaga mirada
y eterna sonrisa
carcomida por el tiempo,
rumbo a las calles
que les han de conducir
a su primera morada.*

MORAIMA MARIN

Apenas llega el mes de octubre y la gente de Pacho Viejo se apresta con gran entusiasmo a recibir sus fieles difuntos.

Algunas personas comentan con otras acerca de la compra de sus ceras, cirios y veladoras que bendecirán con anticipación; otros van a las panaderías del lugar a realizar sus “encargos” de pan de dulce, de sal, de manteca, de huevo y los tradicionales nevados, calaveras o mejor conocidos como “bizcochos”.

El panadero les indica que deben recoger su pan el día 30 del mismo mes, víspera de los muertos chiquitos, pues luego se abarrotan los clientes que no han hecho sus apartados y el pan se agota.

Es por el día y por la noche cuando se ve caminar presurosos a hombres y mujeres, como almas en pena, cargando pesadas canastas o cajas repletas de pan de distintas variedades, en tanto los panaderos siguen trabajando sin descanso con la finalidad de poder cubrir todos los pedidos.

Por otro lado, casi toda la familia interviene en la hechura de los arcos, pues mientras unos amarran los carrizos a los extremos de la mesa, otros cortan los tallos a las flores, otros pican papel y unos más comienzan a vestir el altar.

El arco es elaborado con carrizos y bejuco en la parte superior. Se viste con tepexilote, flor de sempoaxochitl y mano de león o flor morada.

Entre los comestibles que se colocan en el altar figura la sopa de pan de sal, el chocolate, los tamales de dulce, de carne y los muy tradicionales chocos, que se preparan con maíz negro, manteca y azúcar y son envueltos en una hoja en forma de corazón, a la cual deben su nombre.

También se ponen en el altar chayotes y camotes hervidos, dulce de jamoncillo, hecho a base de semillas de calabaza; pan, arroz, mole con guajolote, tortillas, un vaso con agua limpia y otro con agua bendita que sirve para purificar a las

ánimas; un santo que les acompañará durante sus comidas, fotografías de los difuntos, ropa para que se vistan y un morral - en algunas casas - en el que, se cree, llevarán la ofrenda que no pudieron consumir durante su estancia en casa de sus familias.

Las celebraciones de Todos Santos concluyen con el depósito de flores y coronas florales en las tumbas de los festejados el día 2 de noviembre, antes que retornen al cementerio, ya que, se piensa, lo hacen después de las doce de la noche.

Cuentos

LAS VERDOLAGAS

Las tradiciones de antes cuentan que hubo un tiempo en que la gente vivía inmersa en la extrema pobreza y no comían otra cosa que no fuera frijoles, tortillas, salsa, quelites y verdolagas, productos cultivados por la misma comunidad.

A mí me gustan mucho las verdolagas con huevo y cada vez que tengo oportunidad de comerlas, le pido a mamá que las prepare como sólo ella sabe hacerlo, pero siempre aparecen con cabellos enredados y hay que limpiarlas perfectamente.

Un día fui a cortarlas al huerto familiar; estaban verdaderamente frondosas, tanto que podían saborearse con la simple mirada, y entonces vi que había mucho cabello enredado entre sus tallos y hojas. ¿Por qué será?, me pregunté y mi duda despejé en cuanto entrevisté a la dueña de mis días, quien me narró la historia de la escasez de alimentos.

La población en general era tan humilde que el día en que la suerte socorría a alguna familia con un par de huevos, los freían y los repartían entre todos sus integrantes. A veces un solo huevo debía rendir para tres o cuatro personas. Había niños que probaban el pan en ocasiones muy especiales como cuando sus mamás acababan de dar a luz y tenían que “comer bien” durante la cuarentena o cuando bautizaban a la criatura. La alimentación consistía básicamente en granos y legumbres.

La carestía de comestibles de otro tipo se debía más que nada a la falta de medios de transporte, porque la carretera a Xalapa y Coatepec era de pura terracería y para poder llegar a esos lugares primeramente tenían que caminar entre piedras o lodo hasta la desviación.

Pero bueno, el caso es que la penuria por la que atravesaban los habitantes de este sitio tiene que ver con los cabellos incrustados en las verdolagas porque dicen que era tanta la miseria en el pueblo que la existencia de cualquier comestible provocaba fricciones entre los lugareños y unas mujeres, al ver en el cañal una mancha de frescas y rozagantes verdolagas, iniciaron una fuerte discusión que originó en encarnizada lucha en la cual acabaron desgreñándose.

Por eso, cada vez que recolecto esa legumbre he de acordarme del triste suceso que narró mi madre y del que, por fortuna, no fui testigo fiel.

EL DINERO PERDIDO

La gente de este lugar afirma que cuando se esconde dinero bajo la tierra forzosamente debe ponérsele alguna cosa bendita para que no se dirija rumbo a las manos del diablo o simplemente se desaparezca, como le ocurrió a una humilde viejecita.

Trinidad era una señora alta y delgada, bien religiosa y muy obediente con su marido Valente, a quien todavía quería muchísimo a pesar de tantos años que habían compartido juntos.

Un día, don Valente le dijo:

- Escúchame, mujer, tenemos que ahorrar peso por peso, pues el techo de la casa se está apolillando y debemos componerlo antes que se nos caiga encima. Cada ocho días te voy a dar mi “raya” para que la guardes donde sólo tú sepas.

Pasó el tiempo y cuando la pareja había reunido el suficiente dinero para la compostura de su humilde hogar, tuvieron que esperar unos días mientras hallaban quien les hiciera el trabajo.

El día en que encontraron albañil, don Vale indicó a su viejita:

- A ver, Trini, saca ya el dinero que tienes guardado porque va a venir el trabajador y tenemos que comprar el material.

- Ahorita voy por él, espérame tantitito.

La dulce mujer fue corriendo al sitio en que celosamente guardaba el producto del trabajo de su marido. Comenzó a excavar y sudaba y sudaba sin encontrar nada. Se cansó de buscar y no tuvo otra solución más que contarle de inmediato a Vale que, por cierto, se enojó hartito.

- ¿Cómo que no está?, ¿pues dónde lo guardaste?

- Ya te dije donde estaba, pero no lo hallo y no lo hallo.

- ¿Estás segura que nadie vio cuando lo guardabas?

- ¡Claro que nadie se dio cuenta.!

Faltó poco para que Valente, enfurecido, golpeará a su mujer, pensando que tal vez se había gastado el dinero en cualquier cosa.

Por otra parte, Trinidad no podía creer que Vale dudara de ella y, como estaba bien segura del sitio en que había puesto la ollita, en cuanto amaneció fue corriendo a ver al cura para explicarle la desaparición de las monedas.

- Hija, ¿pusiste algo bendito dentro de la olla que sepultaste?

- No señor cura, no lo hice.

- ¡Aaah!, entonces a ese dinero ya le metió malo el “otro”. Ahora fíjate bien lo que van a hacer tú y Valente: caven en dirección de donde lo guardaste. No te mortifiques más, la olla aparecerá. Anda, ve con Dios, hija.

De regreso, Trinidad y Valente hicieron lo que el sacerdote les había recomendado y de este modo hallaron lo que buscaban sólo que a dos metros aproximadamente del lugar exacto en que había sido ocultado.

Por eso la gente mayor asegura y sugiere que siempre debe ponerse palma, una medallita o agua bendita al dinero antes de ser enterrado.



LA MONEDA

Había una mujer en el pueblo que traicionaba a su marido, pero el muy tonto no lo creía. Su misma familia le advertía y le aconsejaba que se quitara la venda de los ojos.

- No seas tonto, hijo, esa mujer no te quiere.

- ¡Ay, mamá!, ¿ya vas a joder? Lo que tú y los demás dicen es puro rumor. Mejor confiesa que odias a Martha y con eso te entenderé.

- Bueno, bueno, bueno, ahí le dejamos. Haz de cuenta que no he dicho nada, y luego me contarás.

Como es de suponerse, el pueblo entero ya estaba enterado de que a Martha le gustaba la vida alegre y que su amante en turno era Javier, pero suele ocurrir que, frecuentemente, el último en saberlo es el traicionado.

¡Pobre Daniel! Sufrió cuando lo supo, pero se resistía a creer semejante atrocidad hasta el día en que vio a la pareja haciendo el amor tranquilamente en la misma cama que compartía con ella.

El coraje le provocó aún más palidez y temblor en el cuerpo cuando el otro se despidió dejándole una moneda de

buena denominación a la p rfida vendedora de caricias quien - se cuenta - aparte de los placeres carnívoros era afectada a los centavos, y más tratándose de oro.

Pues bien, Daniel, que no era nada menso, se apareció justo en ese momento y le arrebató la moneda antes de demostrarle quién era el rey de la casa y quién la reina descoronada. El cinturón también tuvo la suerte de tocar en repetidas ocasiones la delicada y codiciada piel de la joven quien, adolorida, sólo se concretaba a retorcerse cual si fuera un tlaconete con sal en el cuerpo.

-  Jija de tu pinche madre, culera! Yo te ense ar  cómo debe respetarse mi casa y mi honor.  Acaso no te rinde el dinero que te doy para el gasto como para que andes revolc ndote con cualquiera?

 Toma!  Zuc, zuc, zuc!  Cuzca!,  puta!,  perdida!

Ya desatada su furia, Daniel durmió sosegadamente, pero al otro día, durante el desayuno, el traicionado hombre reproch  a su señora:

-  Ya viste? Estamos comiendo y no ha sido necesario tocar la moneda que recibiste de tu amante.

Ella, como una tumba, prefería no probar bocado para que el otro no siguiera reprochándole sus infidelidades.

Y así, ya fuera a la hora del desayuno, de la comida o de la cena, Daniel sacaba de la bolsa de su pantalón la reluciente moneda, producto del pecaminoso acto de Martha, su ahora repugnante y asquerosa mujer, a la que había dado todo lo mejor a cambio de la más cruda traición.

- Mira, otra vez comimos y bebimos y no hemos gastado la moneda ni creo que la ocupemos porque todavía puedo mantenerte mientras encuentras otro que te ofrezca más monedas y sobre todo amor, el amor que yo te di y que no supiste valorar. Preferiste vender tus caricias por tan poco. ¡Qué poca vergüenza tienes, canalla, cuzca!

Las diarias censuras de Daniel obligaban a Martha a no comer nada, lo cual, con el paso del tiempo, le trajo como consecuencia una grave anemia y murió, dejando satisfecho a su esposo, que ya no la amaba como antes y no cesaba de humillarla.

Eso cuentan las mujeres que sí saben de fidelidades hacia sus maridos y así lo hemos escrito.

LA CASADA INFIEL

Chela era una señora que, pese a su poco tiempo de casada con Fermín, le engañaba con cuanto hombre podía mientras él se pasaba las horas trabajando en el campo de sol a sol, para que no faltara en su mesa lo más indispensable.

Los vecinos, que se olvidaban de sus quehaceres por contemplar los devaneos de Marisela, narraron con santo y seña a Fermín, pero éste pensó que se trataba de calumnias porque su mujercita no era capaz de traicionarle.

- ¡No es cierto! No estén inventando lo que no es porque se las van a ver conmigo, ¿A caso Chela les debe algo o les ha ofendido? Ella es la mujer más buena del mundo y ustedes ya quisieran tener el corazón que tiene.

Enfadado, llegó a su pobre casa, besó y abrazo a su señora, pero no le comentó nada sobre el incidente con sus vecinos para no afligirla.

A la siguiente semana, Fermín se encontró con su mejor amigo en la cantina, quien le dijo:

- Oye, Fermín ¿en qué mundo vives?

- ¿Por qué, Jaime?

- ¡Hombre!, ¿pues que no sabes lo que dice el pueblo?

- No ¿ de qué se trata?

Fermín, me da vergüenza decírtelo, pero nuestra amistad está primero. Te voy a contar lo que pasa pero prométeme que no me golpearás.

Si quieres dejar de hablarme házlo, pero antes escúchame. Mira, tu mujercita no es lo que tú piensas. Ella anda traicionándote con cuanto le habla bonito, y en estos momentos está en tu casa durmiendo con Cirilo, yo lo vi cuando entró y luego se acostó en tu cama ¡qué poca madre de tu vieja! ¡No te merece la hija de puta! Pónle remedio a esto, cuate y no dejes que te siga viendo la cara de pendejo.

Fermín no contestó y, con la cabeza gacha, abandonó la cantina dispuesto a todo. En su interior luchaba la duda y la certeza, pues no podía desconfiar de su amigo de la infancia, pero tampoco de la dueña de su corazón, a quien había dado toda su existencia.

- Si esto es un invento de Jaime, le romperé su pinche madre; y si es verdad, la Chela sí que me las pagará. ¡Desgraciada puta! Pero no, pobrecita. Ojalá sea mentira, ésto tiene que ser falso.

Cuando llegó a su casa no encontró nada anormal. Se acostó un rato mientras hallaba la solución a su problema. La cabeza le daba vueltas y un remolino de palabras huecas giraban en torno suyo. No concebía estar durmiendo en la misma cama en que lo hacía Chela con sus amantes. No dijo ni una palabra.

Al día siguiente se levantó como de costumbre. Fingió estar contento con la casada infiel, aunque por dentro estaba que se lo llevaba la chingada. Le hizo creer que se dirigía al campo cuando en realidad se hallaba en casa de Jaime quien estaba ayudándole a buscar el remedio adecuado.

- ¡Ay, Jaime, no sé qué va a pasar!

- No seas tonto, en lugar de estar aquí deberías espirla.

- ¡Tienes razón! ¡Adiós!

En menos que canta un gallo, Fermín entró a su casa por el traspatio. Las manos le sudaban por los nervios que le acompañaban. Escuchó unas risas y el chasquido producido por los apasionados besos de los amantes. Presenció la más cruel de las escenas. ¡Era cierto, su mujer estaba acostada con su compadre Manuel! ¡Ella, la más dulce de las mujeres! - pensó -. Tan ocupados estaban que ni notaron su presencia.

- ¡Qué asco! ¡Y yo que la defendía a capa y espada! ¡Perra maldita! Pero esto no se queda así.

Como Fermín era bien reservado, no reprendió a Marisela, sólo le ordenó:

- Chela cuando llegue de la finca tiene que haber en la cocina café, frijoles y tortillas bien calientitas y una salsa de chile bruto, sin tomate. Quiero que pique harto.

Marisela obedecía las peticiones de Fermín, pero cuando él llegaba del campo la sentaba a su lado y la obligaba a comer salsa picosa con tortillas recién hechas, frijoles y café caliente. Él no lo hacía porque de alguna manera pretendía vengar la deslealtad de la señora, a quien consideraba el ser más repugnante de la tierra, pues con la misma fuerza en que un día la había amado, ahora la aborrecía. Ella se daba cuenta del cambio de su marido, pero nunca le preguntó nada porque ya se imaginaba la razón de la nueva actitud que él estaba asumiendo.

Así transcurrieron aproximadamente dos meses en los cuales Fermín no cambió el menú a Chela y la pobre mujer poco a poco fue consumiéndose por los fuertes dolores que sentía en el estómago hasta que murió sin saber exactamente que ese había sido su castigo por coscolina.

EL COMPADRE AMBICIOSO

Había aquí, en Pacho Viejo, dos hermanos que eran compadres; uno se llamaba Mace y el otro Crispín, pero la gente lo conocía más por “Tío Créspin”.

Pues dicen que al “Tío Créspin” le hablaba y le hablaba el fraile atrás de lo que ahora es la casa del señor Moisés Marín, donde hay un pequeño basurero, para ofrecerle tesoros y riquezas. No obstante el buen hombre, a pesar de ser un humilde campesino, rechazaba todo y lo ignoraba por completo.

Y así, cada vez que el charro le prometía dinero, el viejito le contestaba malhumorado:

- ¡Yo no quiero nada! Llévate tus porquerías a otra parte, yo no las necesito. Pobre nací y pobre he de morir. Anda vete.

Sin embargo, “el fulano” no se daba por vencido tan fácilmente e insistía:

- No seas tonto, con ese dinero que te doy puedes mejorar la situación de tu familia. Acéptalo, sólo quiero que tú te lo lleves para que mi alma pueda descansar en paz.

- Bueno, bueno, acepto tus basuras pero en la noche me dejas señalado el lugar exacto donde voy a cavar y cuando tenga tiempo lo saco.

- Nada de que cuando tengas tiempo, sácalo de inmediato o te llevo conmigo.

¡Bah, mejor lárgate!

A la mañana siguiente, cuando el campesino se dirigía al campo, pasó por atrás de su casa y vio un círculo bien hecho, pero no se acordaba de la noche anterior.

- ¡Ah!, ya recuerdo. Esa marca debió haberla hecho "ese". Vamos a ver si es cierto lo que hay dentro del círculo.

El "Tío Créspin" no quiso excavar solo de modo que fue en busca de su hermano Mace, a quien le confió lo del ofrecimiento.

- Compadre, vengo a ver si me echas una manita porque voy a hacer un hoyo.

- ¿Y eso? ¿Se te murió tu perro?

- No compadre, es que me habló el espanto de la otra vez.

-¿El espanto? ¿Cuál espanto? No te entiendo.

- ¡Hombre!, que el muerto se me apareció y me dijo que desentierre la olla de dinero, mas necesito de tu ayuda.

¡No chingues! ¿Y si te ayudo me regalarás unas monedas?

- ¡Sí mano!, pero vamos a desayunar y luego comenzamos la “chambita”.

¡No, de una vez empezamos! Ya hasta el hambre se me fue de sólo saber que me darás un puñado de monedas de oro. ¡Centenarios, puros centenarios ha de haber!

El Mace, impulsado por la codicia, le pidió al “Tío Créspin” que fuera a desayunar mientras él empezaba la fosa.

- Está bien, házlo. Yo tengo mucha hambre y no voy a dejar de comer algo nomás por las ocurrencias del “espantajo”.

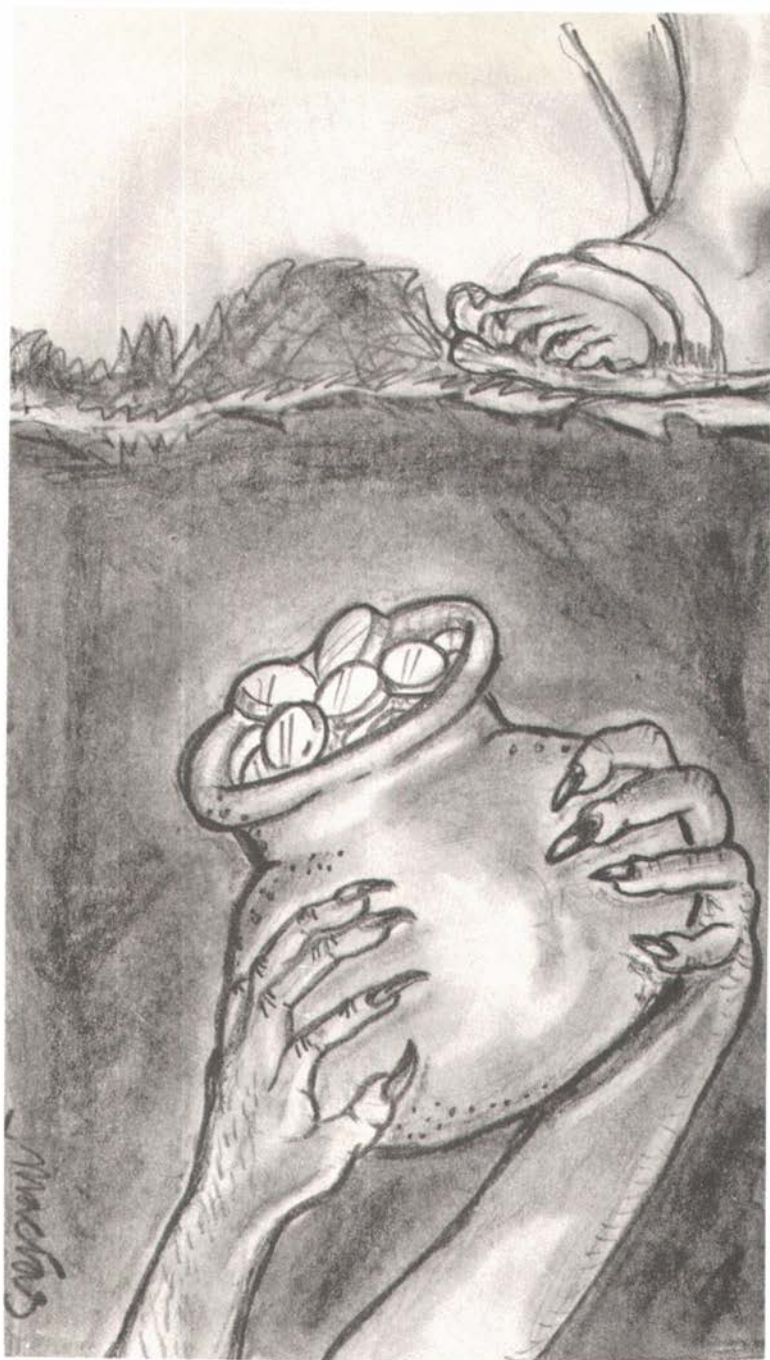
Cuando el “Tío Créspin” volvió al lugar donde estaba su hermano, éste ya había avanzado una gran parte. Siguieron trabajando hasta que divisaron algo parecido a una gigantesca olla de barro. Entonces, Mace participó a su hermano:

- Oye compadre, ya te he ayudado hartito así que vamos a dividirnos el contenido de la olla en partes iguales, ¿no crees? No es justo que me des unas cuantas monedas. Además, ni he desayunado por estar aquí contigo.

“Tío Créspin” no contestó, pues no era mezquino ni ventajoso y le daba igual lo que dispusiera su hermano.

Pero dicen que la ambición no es buena, porque nomás de repente escucharon el ruido de algo que se sumergía poco a poco. Volvieron la vista hacia la fosa y ya no había rastros de la olla. Cavaron y cavaron sin encontrar nada. Hicieron tremendo agujero, pero el “Tío Créspin” no obtuvo una sola moneda ni pudo cambiar la pobreza de su familia debido a la excesiva ambición de su hermano y compadre.

Hace algunos años la nieta de “Tío Créspin” vino a Pacho en busca del supuesto tesoro, para lo cual trajo un detector de metales y sólo halló un montón de huesos.



JORGE, EL ACAUDALADO

Jorge, el hombre más rico de la comarca, era, sin duda, el más caritativo, honesto, noble y comprensivo, por lo cual no le faltaban amigos verdaderos y, sobre todo, excelente salud. Muchos habitantes confiaban en él cuando atravesaban por alguna difícil situación económica y jamás les negaba los favores.

Sin embargo, nunca faltaban los envidiosos quienes, cada vez que tenían oportunidad, cuestionaban a Jorge acerca del origen de su gran capital. Él, sin más ni más, contestaba:

- Miren, lo que pasa es que todas las noches, antes de acostarme, lleno barriles de excremento y al día siguiente se me convierte en monedas de oro.

Mas esa simple respuesta no dejaba convencidos a los hombres y se soltaban a las carcajadas.

- ¡No inventes! ¿Cómo es posible que la mierda...? ¡Ja, ja, ja! ¡Estás chiflado!

- Pues no me lo crean y ya - , decía Jorge, un tanto enfadado.

En una ocasión, el más mezquino de sus compadres y otro hombre, se pusieron de acuerdo para jugarle una broma a Jorge y acordaron verse en la noche, aprovechando que el acaudalado señor no se hallaba en casa.

- Vamos a juntar toda la caca que podamos y se la echamos en las camas para que se le quite lo chismoso y hablador.

A la hora pactada los egoístas personajes de la oscuridad se adentraron en el domicilio del hacendado y comenzaron a esparcirle la suciedad en todas las camas que encontraron y hasta en la cocina.

Tiempo después los maldosos quedaron de verse en la cantina, donde coincidieron con Jorge y otra vez lo interrogaron respecto a su fortuna.

- ¡Hombre!, ya les conté que antes de irme a dormir suelo llenar barriles con heces. A propósito, fíjense que la semana pasada salí con Rosario y mis hijos a Guadalajara y al volver hallé las camas y la cocina llenas de oro. Ustedes creen que las cobijas pesaban harto. ¿Quién nos arrojaría tanto dinero?

- ¡Ay compadre!, seguro fue alguien al que le sobra.

- Bueno, bueno, pero tómense lo que quieran, yo pago.

- Tú siempre tan espléndido, Jorge. Gracias, muchas gracias.

No, no me agradezcan a mí, sino al que me tiró el dinero en la casa ¡Salud!

Los traviosos hombres, al escuchar las palabras del acaudalado, intercambiaron miradas mientras movían la cabeza en señal de sorpresa y acabaron aceptando que el excremento se le volvía oro a Jorge porque era bastante honrado y generoso con todo el pueblo, incluidos ellos.

EL GROSERO LUCAS

Lucas era un señor bien cicatero, poco tratable y egoísta pues le desagradaba recibir favores del prójimo.

Tan canijo era que cuando falleció su esposa, a la que el pueblo estimaba de verdad porque era todo lo contrario a él, no quiso que se acercaran al féretro y menos que trataran de brindarle apoyo.

La noche del velorio había bastantes personas dispuestas a rezar al alma de la muerta para su eterno descanso; pero Lucas, con la cara de pocos amigos, les insultó:

- ¿Qué cosa vienen a hacer aquí?, yo solito puedo velar a Rutila, ¡váyanse!

- Pero Lucas, deja que oremos siquiera un rosario.

- ¡Nada! ¿Qué no oyeron?! Andenle, váyanse de mi casa! ¡Orale, a la jodida!

- Entós mañana te ayudamos a hacer la sepultura.

- ¡No, no, no! No lo hagan. Yo me basto solo. ¡Adiós!

Pues ahí estuvo acompañando el cadáver de Rutila hasta que lo venció el sueño y se quedó profundamente dormido.

Entonces escuchó la voz de su mujer:

*“Eres un egoísta, Lucas,
yo quiero tener rezos,
cantos y flores en mi tumba
y que acompañen mis restos.”*

Despertó sobresaltado, mas no tomó en cuenta la voz de la difunta, pensando que había sido producto del sueño, y él solo se dispuso a sepultar a Rutila para no invitarle un café a nadie y para no deber favores.

Se estaba comiendo un tamal y nuevamente la voz de la finada se dejó oír:

*“Eres un egoísta, Lucas,
yo quiero tener rezos,
cantos y flores en mi tumba
y que acompañen mis restos”.*

- ¡Ah, hijos! Creí que era Rutila la que me hablaba, pero debe ser mi imaginación. Mejor me la llevo antes que venga la gente a molestar.

Se acercó al ataúd para darle el último adiós a la señora que, por amor, le había soportado tantas groserías y humillaciones. En eso estaba cuando la finada, sin mover la boca, volvió a reprochar a Lucas quien, nervioso por lo que acababa de presenciar ni tardo ni perezoso, invitó a sus vecinos para que le acompañaran a velar una noche más a su difunta.

Desde ese día Lucas cambió su carácter con la gente y permitió que toda visitara durante el novenario sintiendo que con ello cumplía la petición de Rutila.



LA MUJER DOMINANTE

Juana y Miguel acababan de casarse, pero como la doña solía mandar a su marido y no le gustaba obedecerle tanto, el primer día de casados acordaron:

- Mira Miguel -, dijo Juana -, para que los dos estemos conformes y nuestro matrimonio no fracase, ¿qué te parece si una semana mando yo y otra tú?

- Bien, Juanita. Tu idea me parece inigualable; pero tienes que obedecerme en todo cuanto te ordene. ¿Mmmmmm? Así que esta semana serás tú quien disponga.

La mujer quedó complacida y ambos obedecían mutuamente, mas ella exageraba porque no dejaba ni un momento libre a su esposo. Apenas acababa de realizar una actividad cuando Juana ya le tenía otra preparada.

Miguel quedaba rendido durante la semana en que le correspondía acatar las leyes de su mujer porque todo el día se lo pasaba encerrado y no salía más que por las mañanas a trabajar en el campo.

Sin embargo, cuando Juana debía estar bajo su mando, lo obedecía muy poco y se burlaba de él diciéndole que era un tonto.

El pobre muchacho, de quien sus amigos se burlaban y tachaban de marica, llegó a cansarse de que su dueña le gritara y lo pusiera en vergüenza delante de cualquier gente. Así, esperó que llegara la semana que tanto ansiaba para decirle, sin el menor enojo:

- Oye Juanita, me estás fallando hartito. Quedamos que una semana obedecería yo y otra tú, ¿o no? De manera que ponte este vestido que mandé a hacer especialmente para ti. Anda, úsalo. No te pediré que hagas otra cosa en la semana, ¿de acuerdo?

- ¿De veras será lo único que me mandarás? Bueno, está bien, pero recuerda que nomás eso obedeceré, ¿eh?

- Sí, sí mujer, pero pónitelo que quiero ver cómo te queda, ¡ah!, no te lo quites en toda la semana. Quiero verte así.

Juana se estrenó el vestido, el cual estaba confeccionado de gamusa fresca de vaca pero, conforme la piel se iba secando, la prenda se ajustaba más y más, a su cuerpo. Con estas molestias pasó la noche la doña.

Al siguiente día no soportaba más la apretura y se lo hizo saber a su marido:

- ¡Miguel, Miguel, deja que me quite el vestido! ¡Me lastima!

- No señora, recuerda que tú debes obedecerme a mí y sólo a mí.

Se pasó otro día más de intensa angustia para la indócil Juana. Aún le faltaban cinco para completar la semana y ya estaba bien inquieta.

- ¡Miguel por favor quítame el vestido! ¡Ya no puedo más! ¡Me aprieta un chingo! ¡Quítamelo y te prometo que sólo tú mandarás en nuestra relación! ¡Por favor, Miguel!

El hombre le cortó el vestido con una navaja y a partir de entonces Juana fue la mujer más obediente del pueblo. Se había transformado de la noche a la mañana y nunca contrariaba las órdenes de Miguel.

EL HOMBRE TACAÑO

Había un señor tan agarrado, pero tan agarrado que acostumbraba celebrar su cumpleaños y no invitaba a nadie ni a su propio hermano a quien, en una ocasión, se le ocurrió jugarle una broma, para lo cual se puso de acuerdo con su vecino José:

- ¡Vamos a fregar a mi hermano! Le robaremos una gallina para que al menos no convide café. ¿Qué te parece?

El otro aceptó la burla y una vez que tuvieron la gallina en sus manos la pintaron con puchina y la encerraron en un tenate, al cual adornaron con hermosas flores de colores ¡Lista para ser obsequiada!

Cuando llegaron a la casa del mezquino hombre, éste se emocionó bastante al ver el regalo que le llevaba su hermano y el acompañante.

- ¿Qué es lo que has hecho, hermano? ¡Qué cosa más linda me has traído! ¡Ay qué hermosa!

¡Ven, mujer, ven! Mira lo que me han traído! ¡Una polla bien chula!

Tan contento se hallaba el festejado que no sólo les ofreció café, sino que les invitó mole, arroz y todo cuanto le habían hecho para celebrarle.

Pero al día siguiente el hombre vio que la polla se había decolorado y que estaba durmiendo justamente en el lugar en que lo hacía otra gallina suya que recientemente había desaparecido. Revisó minuciosamente al animal y grande fue su admiración al descubrir que era de él y que su mismo hermano se la había robado para “regalársela” y darle una lección por miserable.



JUAN TONTO

Un señor, fastidiado de que su esposa llevara las riendas de la casa y lo tratara como al más menso de sus sirvientes, le contó a un amigo su problema para que lo ayudara a buscar una buena solución.

- Fíjate mano que tengo una pena bien grande y quisiera que me auxiliaras

- ¡Claro que sí!, ya sabes que para eso son los "cuates". Pero cuéntame o ¿acaso crees que no tiene remedio?

- ¡Pues no sé! Mira, se trata de mi vieja. Tú sabes que siempre me está gritando y mandando. De plano ya me hartó y lo peor de todo es que no sé de qué modo decírselo.

- ¡Ay, amigo, eso te pasa por pendejo! No seas idiota, amárrate bien los pantalones, ¡qué caray! Las viejas deben obedecernos en todo, ¡ja!

Oye bien lo que te voy a decir... cómprate un gallo y amárralo al pie de la cama. Cuando el animal cante, tú te chispas el cinturón y la golpeas a la vez que le adviertes:

*¡¡Gallo tonto, gallo menso,
ya deja de cantar
que en esta casa yo y sólo yo
he de mandar!!*

Juan se fue muy agradecido por el consejo que le acababa de dar Leovigildo , pensando que su señora entendería cada vez que regañara al gallo. Compró el ave y la primera noche que la ató a su cama los cantos no se hicieron esperar. Entonces, Juan tomó el cinturón y le asestó una serie de golpes. Mientras lo hacía, le advertía al gallo:

*¡¡ Gallo tonto, gallo menso,
ya deja de cantar
que en esta casa yo y sólo yo
he de mandar!!*

En eso, despertó Leonor, su mujer y riéndose, le contestó:

¡Uy, mejor cállate tú y no te hagas el chistoso! ¡Estás bien pendejo, porque eso lo hubieras hecho desde un principio y no ahora!

Inmediatamente sospechó que Juan golpeaba al gallo para demostrarle que él era quien mandaba en su casa, pero ya era muy tarde porque ella lo había dominado bastante bien y las cosas no iban a cambiar así matara diez gallos a cinturónazos.

EL GALLO

Hubo una señorita ciega como de 47 años que nunca había tenido novio debido a su misma enfermedad. Era la heredera de la casa, los cafetales y cañales que tan celosamente cuidaba su difunto padre y vivía solo con su hermana menor.

Cierta vez llegó al pueblo un fuereño de quien se decía era vividor de las mujeres; había sido casado 3 veces, pero aburría a sus esposas porque no les daba dinero para el gasto y prefería que lo echaran de sus casas antes que trabajar.

Un día, mientras se encontraba tomando pulque en una cantina escuchó a unos colegas suyos hablar de las riquezas de Matiana, la cieguita. En menos de lo que canta un gallo, fue en busca de la muchacha a la que afortunadamente encontró sola, sentada, jugando con su bastón, en espera de que volviera su hermana de la iglesia. La miró un gran rato; Matiana no era tan fea y sus billetes tampoco, su único defecto: la ceguera, pero a Nacho eso le favorecía en lugar de perjudicarlo.

- ¡ Buenas tardes, Matiana!

- ¡ Buenas tardes! ¿Quién eres?

- Pues soy yo... soy Nacho.

- ¿Nacho? ¿Qué Nacho? Yo no conozco a nadie con ese nombre.

- Bueno, yo no soy de aquí, pero ando trabajando en estos lugares y cada vez que paso por aquí te veo sentadita. ¿Sabes?, eres muy bonita, me gustas y quisiera que fueras mi novia y luego te cases conmigo... ¿Qué dices, aceptas? Yo vivo en casa de una tía que me quiere mucho.

- ¡Ay Nacho! , pero es que yo nunca he sabido nada de novios y la verdad pues ni sé cómo serás.

- ¡Oh, mujer!, de eso no te preocupes, tú acéptame y no te arrepentirás.

- Está bien, pero vienes a visitarme seguido, ¿eh?

El tiempo transcurrió y Nacho cumplió su palabra: la veía todos los días, pero a escondidas de la hermana. Además, sabía que una buena relación con Matiana podría ofrecerle lo que tanto le gustaba: tener dinero y licor sin trabajar.

La conquistó con palabras suaves y dulces detalles, y una vez que estuvo seguro del amor que “ciegamente” le profesaba Matiana, le propuso que se fuera a vivir con él.

- Te espero por la noche en el árbol de huizache que está atrás de tu casa. Tú ya sabes ir a ese lugar.

- Está bien, Nacho, prepararé la maleta que llevaré.

- ¡Ah!, pero no olvides llevar todo el dinero que tienes ahorrado porque ya te dije que me encanta trabajar, pero mi patrón me debe más de un mes y me lo pagará en una semana. ¿Te vas conmigo?

- Ya te dije que sí. Tú espérame donde quedamos.

A la hora señalada, Nacho tomó de la mano a Matiana y le dio varias vueltas alrededor del mismo terreno en que ella vivía, haciéndole creer que habían caminado mucho. Consumado su matrimonio, la noble mujer le entregó las reservas económicas destinadas a la época de la "guayaba". Sentíase en las nubes.

Él le dijo:

- Esposa mía, espérame aquí, en el jardín de mi casa, y tuya desde hoy. Enseguida vuelvo, nomás voy a comunicarle a mi tía que tú ya eres mi mujer.

Se fue llevándose el fajo de billetes de Matiana en tanto ella, sentada junto al huizache, esperaba inútilmente la llegada de su amado. El silencio reinaba a esas horas de la madrugada y sólo se vio interrumpido por el canto de las gallinas y gallos. En eso, Matiana oyó un conocido quiquiriquí que la hizo añorar su casa recién abandonada.

- ¡Ay ese gallo canta igualito al de mi casa!

Su hermana, que andaba buscándola por el traspatio, la escuchó y le preguntó:

- ¿Ahora tú qué tienes? ¿Estás loca o qué te pasa? ¿Por qué te perdiste?

¿Qué haces sentada junto al huizache a estas horas, mujer? Yo pensé que te encontraría tirada en el suelo.

La otra le contestó:

- ¿Junto al huizache?, ¿estoy junto al huizache? pero si acabo de casarme y he caminado como no te imaginas. Además el gallo de Nacho canta igual que el mío.

¿Qué estás diciendo loquilla?

- Que su gallo canta igual al de la casa.

- ¡Pero Matiana! ¡No seas tonta! ¡Tú estás conmigo en nuestra casa! ¡Te engañaron, porque el gallo que acabas de oír no es de ningún Nacho, sino nuestro!

La ciega narró lo sucedido a su hermana Gerónima, pero ya no pudieron rescatar nada porque el vivales desapareció de la comarca sin dejar huella.



EL CASTIGO DE ESPERANZA

Cuando René contrajo matrimonio con Esperanza dejó de ser el hombre apacible, tierno y cariñoso con su madre.

Cada vez la veía menos y le reducía el dinero para que comiera.

Como a veces Teresita no tenía ni que poner al brasero, decidió visitar a la pareja para que le invitara a comer pero René, que era bien trabajador y ahorrador, aconsejado por la avara esposa, escondía todos los alimentos en cuanto veía aparecer la silueta de su madre en el umbral de la puerta.

- René, ahí viene tu madre de nuevo, guarda la carne, la leche, el jamón y el pan.

La pobre viejecita era tan antojadiza que llegaba a casa de su hijo pensando en la comida pues, como ya dijimos, carecía de centavos y vivía más sola que la misma soledad. Todas las mañanas salía a platicar con sus únicas amigas: las plantas, mientras las bañaba entonaba una que otra canción de sus muy lejanos ayeres.

Sus vecinas la visitaban frecuentemente, pero casi nunca le convidaban guisos suponiendo que René, como hijo único, seguía sosteniendo la casa que le había visto crecer y había sido testigo de sus múltiples travesuras.

- ¿Qué guisaste hoy, hija?

- ¡Ay, Teresita! pues ya ve aquí solamente comemos puro frijolito. ¿Qué otra cosa cree que comamos? ¿Le sirvo?

- Sí, dame unos poquitos.

Y siempre que acudía a ese lugar, Pelancha la recibía con el mismo platillo, como si no supiera preparar algo más novedoso y nutritivo. Pero un día, Tere llegó más temprano de lo normal y vio que la nuera y el hijo se chupaban los dedos mientras comían un succulento caldo de pollo con bastante verdura.

Al verla, Esperanza ocultó la olla de caldo en una canasta que pendía del techo de la casa.

Saboréose Teresa creyendo que esta vez no solamente probaría frijoles pero ¡oh, sorpresa! Se sentó a la mesa...

- Mamá, ¿quieres comer con nosotros? -, dijo René.

- Pero ya sabe, señora, aquí sólo comemos puro frijol parado porque no tenemos dinero ni para manteca - advirtió Esperanza.

La suegra se entristeció y comió desganada. Una vez que acabó con los frijoles, salió de la casa de su hijo llora y llora por lo ingrato y tacaño que se había convertido al casarse con la mujer a quien consideraba excelente esposa.

En cuanto la doña se fue, su nuera espío que fuera lo más lejos posible para cerciorarse de que no volvería y ordenó a René:

- Ahora sí, saca la carne de la canasta y vamos a comer tranquilamente sin que tu mamá esté de cuzca.

- Oyeme, óyeme, mamá no es ninguna cuzca y si viene es porque nos quiere y nos necesita.

Mientras René la peleaba, Esperanza metía la mano a la canasta para sacar la olla del caldo mas se extrañó al tocar algo frío y largo como si fuera un trozo de longaniza.

Pensó:

- ¡Qué raro!, René no me comentó que había comprado longaniza.

Una vez más introdujo la mano en la canasta y sintió lo mismo.

Como la curiosidad mata a gatos y gatas, no quiso ser la excepción, de modo que miró el contenido de la canasta y por poco y se va de espaldas al descubrir que en lugar de carne había una gordísima y enorme culebra verde con manchas amarillas, la cual nadaba cómodamente en la olla de caldo.

En tanto, René continuaba el sermón...

- Ahora comprendo que al vivir contigo me he transformado en un monstruo. Mi madre no merece el trato que estamos dándole. Ella es lo único que tengo y yo, su único apoyo.

Pelancha, si quieres continuar conmigo ¡adelante!, y si no, pues tú dices, pero a partir de hoy mamá vivirá con nosotros te parezca o no.

- ¡Sí, sí que viva con nosotros! ¡Compartiré con ella todo lo que tengamos, pero ven a matar este animal que no me quita la vista de encima!

Y así fue como Teresita vivió con la joven pareja, su hijo volvió a ser el mismo con ella y Esperanza aprendió a quererla.

EL PINGO, CLARITA Y SU ESPOSO

Cierta vez, un campesino, que era el más pobre de la comarca, hizo pacto con el “fulano” para que lo sacara de la extrema pobreza en la que se hallaba hundido, pero a la hora en que el desangelado se le apareció, el labriego negó todo cuanto antes había pedido.

- ¿Pero quién eres tú?

- Pues soy el diablo. Tú me llamaste para que te diera dinero y aquí me tienes. Dime cuánto quieres por tu alma. ¿Deseas oro, plata, joyas o papel moneda?

- Mira yo...er...no necesito nada. ¡Vete!-, dijo el agricultor, temblando de miedo.

- Genaro, tú has invocado mi nombre y ahora te chingas porque no pienso irme con las manos vacías. Pero, para que veas mi “buena voluntad”, ahí te dejo una olla con dinero, vengo por ti dentro de un mes.

Y sin más ni más se esfumó dejando un asqueroso peste.

Genaro sacó las monedas de oro y, junto con su mujer, empezó a hacer uso del dinero, aunque ella ignoraba la procedencia de éste. Sin embargo, el rostro del labrador no

mostraba felicidad alguna y a medida que el tiempo transcurría, su cuerpo adquiría semejanza con el del caballero de la triste figura. Todos los días amanecía con tremendas ojeras y los ojos sumidos cual si padeciera una enfermedad estomacal.

Clarita, su esposa, lo notaba nervioso y preocupado, pero no hallaba la oportunidad de abordar el tema hasta que se atrevió a hacerlo.

- Genaro, tú... tú ya no eres el mismo de antes. Has cambiado muchísimo. Apenas tenemos tres años de vivir juntos y no demuestras quererme. De un tiempo para acá andas ausente y no comes bien. Dime qué ocurre, si andas con otra es mejor que me lo confieses a seguir viéndote así.

- No pasa nada, mi amor.

- ¡Ah!, ahora soy tu amor cuando hace tiempo que no escuchaba esa frase tan linda de tus labios.

- ¡Oh!, Clarita, no tengo nada. Lo único que siento es mucho insomnio, flojera y falta de apetito.

- Tú tienes que ir al doctor, Genaro.

- Mañana, te prometo que mañana lo hago, mujer.

Y así era todos los días. El campesino temía asustar a Clarita con sus sacrílegas confesiones, mas una noche, mien-

tras dormitaba, se le salieron algunas palabras que lo comprometieron a contarle lo que le afligía.

- ¡Ah!, Clarita, pase lo que pase nunca pienses que he dejado de amarte, pues tú has forjado mi vida como se forja un muñeco de barro. Tú eres todo para mí y por lo mismo quise salir de la pobreza en que te tenía, de modo que vendí mi alma al pingo. El plazo para irme con el vence el sábado y ya faltan cinco días. Amor mío, ayúdame a evadirlo, pues no quiero dejarte abandonada. ¡No, no quiero ir al infierno! Para el trato es trato y no me queda otra alternativa.

- ¡Virgen purísima de Guadalupe! ¿Cómo pudiste...? Pero no tengas miedo. Ya te salvaré. Tú solamente confía en Dios y en mí. Ya verás como ese jijo de la chingada no te lleva.

Los días pasaron muy rápido, pero, como dicen y afirman que la mujer es más astuta que el hombre, Clarita le aconsejó a Genaro.

- Mira, invoca al “pituche” y le dices que estás dispuesto a irte con él mañana sábado, pero antes debe adivinar el nombre de un animal que le mostraré. Si no le atina, entonces te quedarás conmigo y no le devolverás un solo centavo de lo que te ha dado.

El diablo aceptó el reto, y antes que llegara, Clarita se quitó de encima hasta el último trapo que la cubría, se sentó

en el suelo, se abrió de piernas y, como tenía el cabello larguísimo, se lo echó para adelante.

Cuando Satanás llegó, Clarita se encontraba perfectamente lista y ordenó a su esposo.

- Pídele que entre y te diga qué animal es el que tengo en medio de mis piernas. Si lo adivina, podrá llevarte y si no, se irá solo.

Clarita abrió bien las piernas en tanto el demonio tocaba su larga barba tratando de acertar.

- ¡Ah! pues ese animal no lo he visto en ningún lugar del mundo.

Seguía pensando y pensando. Daba vueltas y vueltas, conjeturaba y conjeturaba mientras se rascaba la cabeza. No quería darse por vencido tan fácilmente porque era “super poderoso” y para él no había imposibles; pero llegó el momento en el que sus suposiciones fallaron.

- Es que no logro comprender qué clase de animal es porque la boca la tiene muy abajo, no tiene dientes y le sobra pelo. Francamente me resulta difícil atinar. Por esta vez he fracasado, pero para la próxima vez que me nombres no tendrás escapatoria, Genaro. Te llevaré a ti junto con tu sabia esposa.

Fue así como el maligno perdió la apuesta hecha con Genaro y éste recuperó el sueño y el apetito gracias a la maravillosa idea de su ingeniosa señora.



EL DIABLO UFANO

Cuéntase que la gente de antes no podía siquiera mencionar la palabra diablo porque éste era tan engreído que enseguida hacía acto de presencia mostrando sus desiguales patas de gallo y mula, así como sus desvencijados dientes de reluciente oro.

Que el demonio es guapo, argumentan unas; otras afirman lo contrario, ¡quién sabe! Tal vez lo haya sido en sus buenos tiempos porque, según lo que hemos sabido, nada tiene de atractivo sino el bolsillo, pues dicen que es bastante generoso cuando de dinero se le habla.

Cierta mañana del mes de mayo, en que el sol calcina las almas y los cuerpos, Luisa y Felipa se levantaron antes de escuchar el tradicional quiquiriquí de los gallos, con el propósito de martajar el nixtamal para hacer tortillas y enviarles desayuno a sus respectivos esposos, quienes se iban tempranísimo al campo. Mientras preparaban las tortillas calientes, las mujeres tuvieron la ocurrencia de pronunciar, nomás porque sí, el vocablo prohibido y de inmediato vieron surgir de entre una polvareda perfumada de azufre el espeluznante ser, cuyo grave pecado era el que ya mencionamos anteriormente: creerse indispensable para todo mortal que le nombrase.

- ¡Aquí estoy! ¿Para qué me quieren bellas damas? ¿En qué les puedo ayudar? -, expresó en cuanto escuchó que le hablaban.

- ¡Ave María purísima! - dijo Luisa.

- ¡Válgame Dios! ¿Qué es eso? -, manifestó Felipa

Al escuchar esas frases benditas, el pingo se esfumó tan pronto como había aparecido, dejando a las jóvenes señoras más amarillas que las tortillas y, tiembla y tiembla, ni vieron cómo se regresaron a sus camas. Luego, aún con la impresión a cuestras, no querían ni pararse, pero juraron que nunca más volverían a decir diablo, diablo, diablo.

EL REFLEJO EN LA LUNA

Una noche, mientras Julia contemplaba su rostro en el espejo de su fino ropero de cedro, quiso peinarse el cabello antes de dormir pero su abuela, que la vio tomar el cepillo, lo censuró:

- ¡Muchacha loca! ¿Cómo se te ocurre peinarte a estas horas frente al espejo? ¿Acaso no sabes lo que me pasó?

- ¡Ay, abue!, ¿qué podría ocurrirme?

- Nada, mi cielo, pero ten cuidado porque cuando yo era joven estuve a punto de perder la vida.

- ¿Cómo? ¿Nomás por mirarte al espejo? A ver, a ver, cuéntame...

Mira, mi reina, era de madrugada y hacía mucho, pero muchísimo calor, como no te puedes imaginar. Entonces me levanté de la cama, dispuesta a darme un refrescante baño y luego, ante el espejo del ropero, quise descarmenarme el cabello cuando de pronto tuve la sensación de que alguien observaba cada uno de mis movimientos. Los pelos se me erizaron y un escalofrío recorrió todo mi ser al percibir la presencia cercana de alguien extraño. Pero más asombroso fue cuando descubrí la imagen de una simpática viejecita reflejada en la luna.

Fue raro lo que presencié, porque todas dormían y sólo yo me encontraba de pie.

Ella daba la impresión de haber sido bastante guapa pues, pese a sus arrugas y el cabello blanco, no dejaba de lucir hermosa; aunque había algo desagradable en su semblante: los ojos se notaban tristes y opacos y la mirada resultaba distante y vaga.

Bien, pues a partir de ese día comenzó a presentarse en el espejo. Tan frecuentemente lo hacía que ya no podía ni acercarme al guardarropa.

Como te dije antes, la mujer era simpática, pero su vista no, porque causaba miedo. Yo casi nunca la miraba fijamente y en cuando lo hice caí al suelo impresionada y estuve en cama alrededor de un mes, durante el cual tuve pesadillas diarias en las que figuraba el misterioso personaje y su voz que me llamaba desesperadamente:

- ¡Mariana! ¡Mariana! ¡Ven, Mariana!

Apenas hacía el intento de dormirme cuando nuevamente estaba conmigo.

- ¡Mariana! ¡Mariana! ¡Ven, Mariana! ¡El ropero, Mariana, el ropero...

No supe por qué aludía al ropero. Tal vez pretendía que nos viéramos en la luna o no sé, mas lo cierto es que comencé a bajar de peso y dejé de comer, me sentía intranquila, nerviosa y sin voluntad para continuar viviendo.

Desgraciadamente no me atrevía a contarle a nadie acerca de las singulares apariciones por temor a que no me creyeran hasta que no pude guardar más el secreto y lo externé públicamente a mis padres y mis hermanos, quienes de inmediato revisaron el ropero sin encontrar anomalía alguna.

Posteriormente, mamá recordó que ese ropero había pertenecido a una noble mujer bastante acaudalada, hija de los Domínguez, españoles radicados aquí desde principios del siglo XVII, a quien durante la época de la Revolución Mexicana los rebeldes pretendieron mancillar luego de despojarla de sus riquezas, pero no lograron ese cometido porque dicen que se escondió y los miserables ladrones no pudieron hallarla. De cualquier manera, no les importó perderla de vista porque ya habían realizado su objetivo principal: robarle.

Poco después llegaron sus padres y su hermano provenientes de la capital del país y, según las crónicas, la hallaron dentro del ropero, en cuchillas y abrazando un crucifijo de oro, como buscando protección en él.

Me practicaron una serie de curaciones, mamá regaló el ropero de cedro y yo volví a ser la misma chica alegre y juguetona.

Los actuales dueños del mueble - que aún lo conservan - afirman que en los primeros días de noviembre suele aparecer, en la luna del ropero, la imagen de Sofía Domínguez, quien murió de asfixia por salvarse de los bandidos, pero no la toman en cuenta y, sobre todo, procuran no mirarle fijamente los ojos para no padecer lo mismo que yo.



LA FINCA DE LA LOCA

Como era costumbre, en casa de “Las Valdeses” las fiestas navideñas resultaban todo un éxito, pues sabían organizar perfectamente bien tanto el acostamiento del Niño Dios como el levantamiento.

En realidad no se sabe a ciencia cierta si el suceso tan desgraciado que contaremos ocurrió en el acostamiento o en el levantamiento, lo cierto es que dio origen al nombre de una finca de café, hoy propiedad de Juan Martínez, que sirve de límite entre La Orduña y Pacho Viejo.

Bueno, el caso es que en una ocasión “Las Valdeses” veneraron, como se debe, al Santísimo Niño Dios.

Para esto, la madrina fue Irene, una muchacha de La Orduña, misma que se hizo acompañar de su mamá.

En esos días estaba en su máximo apogeo la cosecha de café, la madrina y su mamá debían cortar el grano al día siguiente, precisamente en la parcela que nombramos antes y que, en ese entonces, pertenecía a los Pasqueles.

La celebración se puso bien buena. Hubo bastantes invitados, le rezaron al Niño Dios, le cantaron para arrullarlo y repartieron sabrosas galletas, colación, rompopes, vinos, buñuelos y ponche muy calentito.

Así, entre canto y canto y entre deguste y deguste se hizo casi de madrugada. La madrina y su mamá se hallaban un poco preocupadas por la tarea que les esperaba al amanecer pues, antes de ir a la finca, tenían que ir al molino de nixtamal y preparar su bastimento.

- ¡Ay comadre! Yo creo que ya nos vamos, porque si no lo hacemos nos va a amanecer aquí -, dijo la madrina del Niño Dios, cuyo nombre era Irene.

- Miren, ya es muy noche, comadre. ¿Por qué no se quedan? Aquí hay donde dormir. No se vayan. ¿Cómo van a regresar a La Orduña caminando por las veredas y a estas horas? Andenle, acuéstense y mañana se van tempranito en la primera "corrida".

- Es que no podemos porque todavía tenemos que ir al molino para hacer el itacate.

- Bueno, pues como quieran. Si se animan ya saben. Nos gustaría encaminarlas, pero... hay que atravesar muchas fincas y luego las culebras...

Las mujeres de La Orduña, que eran unas personas altas y con gran valor, no aceptaron el ofrecimiento y se fueron.

- Nos vemos, comadre.

- Pero está muy oscuro y hace harto frío.

- No importa, llevamos cabitos de vela para alumbrarnos en el camino. Iremos con cuidado, no tengan pendiente.

Irene y su mamá caminaron por la oscuridad llevando como únicos compañeros el canto de los grillos y el canto de los tecolotes. Uno que otro ruido entre las matas de café las asustaba y daba lugar a que emprendieran carrera.

Las luces de las velas se habían extinguido...

Al llegar al lugar denominado El Alto, un grupo de malandrines les esperaba para darles la más espantosa bienvenida. Irene fue arrebatada vilmente de su madre.

- ¡Déjenme, déjenme, malditos! ¡Mamá! ¡Mamá!

- ¡Suelten a mi hija, canallas! ¿Qué les hemos hecho nosotras? ¡Válgame Dios! ¿Quiénes son ustedes?

- ¡Cállese vieja desgraciada! ¡Lárguese si no quiere que le vaya mal!

- ¿Ya oyó? ¡Fuera de aquí, vieja jija de la chingada! ¡Pélese o se arrepentirá!

- ¡Santo Dios! ¡Pero si nosotras no les debemos nada!
¡Déjenla, déjenla, por favor!

- ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Sálvame, mami!

- ¡Por piedad, muchachos! No le hagan daño y libérenla.
Tengan compasión de las dos.

- ¡Qué compasión ni qué nada!

¿Acaso es sorda o qué? Irene ya es nuestra. ¡Lárguese o también le damos su merecido, vieja pendeja, jija de la tostada! ¡Andele, a chingar su madre! ¡Orale!

- ¡Mamá, mamá no me dejes! ¡Espérame! ¡Mamá, mamita, no te vayas!

La afligida madre, al ver que nada podía hacer contra cuatro hombres, no tuvo solución más inmediata que armarse de valor para huir, dejando a la muchacha sola y desprotegida.

Sólo Dios sabe cómo fue que llegó tan rápido a La Orduña y solicitó el apoyo de su familia y las autoridades del pueblo.

Dicen que aún no amanecía cuando llegaron al sitio de la tragedia y empezaron a alumbrar con candiles por toda la

vereda. La enloquecida señora les indicó por dónde aproximadamente habían ocurrido los hechos y fue así como encontraron a Irene, pero ya era demasiado tarde, ella permanecía tirada sobre el suelo, ensangrentada y con el pelo enredado.

Cuentan que a partir de entonces se escuchan fuertes gritos y sollozos que no sólo estremecen a la finca, a la cual denominaron La Loca pues, además, algunos cortadores de café aseguran que han visto en ese mismo lugar a una desgañada mujer portando un cabito de vela encendida y con la mirada perdida.

Leyendas

EL MUERTO PELUDO

*H*abía un señor de apellido Tejeda, a quien asesinaron los integrantes de la "Guerra Sorda" junto a una tienda, donde atraviesa un caño de aguas negras.

Bueno, pues cuentan que a los nueve días de que fue sepultado, es decir, en el novenario, la gente que llevaba la cruz y flores al camposanto era encabezada por el rezandero y la mamá del difunto.

Todos iban rezando y cantando alabanzas en honor al muerto; el rezandero y la señora se adelantaron bastante, pues querían llegar a la tumba antes que el resto del cortejo para arreglarla y encender veladoras.

Ya habían llegado al panteón cuando de pronto las dos personas quedaron mudas ante lo que vieron: frente a ellos se encontraba el muerto bien, pero bien peludo y horrible como un chango con la cara de hombre. Estaba en la puerta, muy quietecito, dándoles la bienvenida a su nuevo y eterno hogar.

- ¡Jesús de mi vida! -, expresó la señora.

- ¡Ave María purísima! -, contestó el rezandero.

La presencia del asesinado en el cementerio fue tan inesperada que, lleno de pánico, el rezandero se desplomó, en tanto la mamá se transformó en un enorme rebanada de pálida luna.

Los demás acompañantes no se dieron cuenta de lo ocurrido porque, apenas habían entrado al camino rodeado de cañales y cuando llegaron el rezandero ya había recobrado el conocimiento, aunque la mujer seguía blanca como un flamante cirio, pero nadie abrió la boca. Creyeron que su palidez se debía a tantas noches de desvelo.

No hubo comentarios, la ceremonia fúnebre se efectuó como si nada hubiera pasado, pero después se supo lo acontecido porque fue el rezandero quien habló de tan terrible aparición.



LA SABANA BLANCA

Una calurosa madrugada papá, mi tío José y el difunto Juan León venían caminando de Pacho Nuevo a Pacho Viejo, luego de haber asistido a un baile popular, y cuando pasaban por un lugar donde compran café y hay dos caminos: uno que lleva al cerrito y otro que conduce al Pozo Zarco, justamente por donde tenía su establo don Gonzalo Quiroz, escucharon un extraño ruido pero siguieron su andar creyendo que se trataba de algún animal montuno.

Apenas habían avanzado unos cuantos pasos y otra vez oyeron el mismo escándalo.

- ¡Qué raro! -, indicó una de ellas.

Sorprendidos, se detuvieron por un instante y nomás de repente sintieron el potente reflejo de una lámpara gigante que les alucinaba desde los matorrales.

En ese momento, se quedaron perplejos pues no se explicaban quién era la persona que a esas horas les alumbraba. Mas eso no fue todo, porque uno de ellos tuvo la ocurrencia de mirar hacia atrás.

- ¡Ay, nanita! ¿Ya vieron lo que viene atrás?

- ¡Ay, mamá!-, contestó uno.

- ¡Córranle! -. dijo el otro.

Se trataba de una sábana blanca que, enrollándose y desenrollándose, les seguía los pasos como queriendo envolverlos.

Los amigos, pasmados por el susto, no dudaron ni un minuto para tomarse de la mano y echarse a correr.

Tanto fue el terror recibido esa madrugada que papá y mi tío no llegaron a sus casas, sino que se quedaron a dormir en el domicilio del difunto Juan León, quien antes vivía en la calle del reclusorio.

EL MUERTO TRAIADOR

Cuando Leobardo murió le hicieron sus funerales con rosarios, misas y todo lo que manda el cristianismo, aunque había dejado de ser religioso, mas su familia lo ignoraba.

Tenía apenas dos días de sepultado cuando al atardecer transitaban por una solitaria calle dos borrachitos, a los que dio alcance un hombre desconocido, montado en un hermoso caballo negro. Él les pidió que le hicieran un gran favor a cambio de dinero y aguardiente para que siguieran tomando después.

- ¡Claro que sí! -, contestó uno de los briagos.

- Díganos de qué se trata -, dijo el otro.

- Es que necesito un trabajito, pero ahorita, en la noche.

- ¿Y en qué consiste?

- Este... quiero que vayan al panteón y...

- ¿Al panteón? -, preguntó uno de ellos.

- Miren... deseo que desentierren al señor que sepultaron antier.

- Bueno ¿pero para qué lo quiere?

- ¡Oh!, eso es cuento mío. Ustedes hagan lo que les digo, por eso les voy a pagar bien. ¿Entonces qué... lo harán o no?

- Pues sí le acompañamos, pero indíquenos a qué hora nos vemos.

- Les espero a las doce de la noche y cuidadito faltan, porque ya les prometí una buena lana.

- Oiga, ¿Y si nos "cachan"?

- Por eso no se preocupen; no pasará nada. Les aseguro que no nos caerán a esas horas.

Una vez hecho el pacto, el extraño se fue a todo galope dejando a los ebrios convencidos de la jugosa cantidad que recibirían en caso de obedecer sus órdenes al pie de la letra. A la hora acordada se presentaron con sus palas y zapapicos, dispuestos a realizar lo convenido, pero antes de comenzar a trabajar el jinete, que no podía meterse al camposanto por temor a las cruces, les hizo una serie de advertencias:

- ¿Saben qué? Cuando saquen al difunto me lo llevan fuera del panteón. Aquí estaré esperándoles. ¡Ah!, una cosa bien importante:

- ¿Qué? - dijeron los señores al unísono.

- Pase lo que pase y oigan lo que oigan no quiero que volteen, porque si lo hacen se los llevará el diablo, ¿entendido?

- Sí, está bien, pero nos pagas pronto, ¿eh? - advirtió uno de los borrachitos.

- No sean desconfiados, que yo estoy acostumbrado a cumplir mis promesas. ¡Apúrense!

Se apresuraron a hacer el "trabajito" tan rápido que, por el estado alcohólico en que se hallaban, ni sintieron el peso de la caja para sacarla fuera del cementerio. El olor que los restos despedían era insoportable, pero la paga sería buena y debían vencer todo obstáculo. El enigmático personaje quedó tan agradecido con los embriagados hombres que les dio más de lo pactado.

- Aquí tienen su dinero, valientes señores, gástenlo, compren todo el aguardiente del pueblo. Y si sus mujeres se ponen cabronas en cuanto lleguen, enséñenles, quiénes son los que mandan en la casa. Si les gritan, dñen sus golpes. ¡Chinguenlas! ¡Ah!, no vayan a voltear para acá.

- ¡Gracias, gracias, caballero!

Concluido el trabajo, los teporochos salieron gustosos del panteón, se sentaron en medio de un cañal y empezaron a extraer del saco las monedas de oro que tan generosamente habían recibido del desconocido nomás por exhumar el cadáver de Leobardo. En eso, les causó bastante novedad escuchar una voz alterada y súplicas.

- ¿Ya oíste, compa?

- ¿Qué será eso, tú?

- ¿Con quién peleará el que nos pagó, si quedó solo con el muerto?

- ¡Ay, quién sabe! A lo mejor le cayeron con el cadáver fuera del panteón.

- Mira tú, no hagas caso. Vamos a seguir contando las monedas. ¿Cuántas iban? ¿ciento setenta y qué?

Pero los gritos continuaban y esta vez los borrachines sí pudieron oír muy bien de lo que se trataba:

- Te dije que ordenaras a tu familia que no te hicieran misas ni rezos. ¿Por qué permitiste que fuera así? ¿no habíamos quedado en que tu alma sería mía y sólo mía? ¡Eres una piltrafa traidora!

- ¡Dime lo que quieras, pero ya no me pegues, ya no me pegues!-, suplicaba el muerto.

- ¡Contéstame, falso Leobardo! ¡Contéstame!, ¿por qué te dejaste vencer?

- ¡Pero no me pegues más, no me pegues ya! ¡Basta, basta!

- ¡Eres un asqueroso traidor! Te dije bien claro lo que debías hacer una vez que tuvieras las riquezas que me habías pedido. ¿Por qué me fallaste tan feo, hijo de tu chingada madre? ¡Perro asqueroso!, para colmo tu pinche familia te ha plantado una cruz cuando sabes que no debías tenerla.

- Pues no me arrepiento de haberte fallado, porque al final de mi vida, cuando estaba en agonía, sentí que los rezos y oraciones refrescaban mi ardiente alma y la salvaban poco a poco del fuego que la consumía. Ahora ya no puedes llevarme contigo porque pedí perdón a Jesucristo y mi alma es suya.

- ¡Cállate desgraciado! ¡No vuelvas a pronunciar ese nombre porque te pesará, cabrón! Ahora tendré que irme solo al infierno. ¡Eres un ruin, maldito, pendejo!

El "muerto" continuaba lamentándose y uno de los profanadores de la tumba, inconforme con todo cuanto había escuchado, no pudo resistir la tentación de voltear, pese a que lo tenía

estrictamente prohibido, y vio a Leobardo de pie, junto al caballero que les había dado un saco repleto de dinero, pero éste tenía una cola muy gruesa y larga, cuernos retorcidos y mucho pelo en todo el cuerpo. Tan asombrosa fue la escena presenciada que se tambaleó y sólo alcanzó a decir:

- El día... blo... le está pe... gando a Leo... bar... do. Lo ... re... vivió...

Y cayó al suelo bien privado y tieso, mientras el otro sentía que todo le daba vueltas; se acostó un rato en tanto le pasaba el efecto de la impresión, mas cuando despertó ya no encontró a su compañero. Salió inmediatamente del cañal, lo buscó y lo buscó sin obtener éxito hasta que se le ocurrió mirar hacia arriba y grande fue su sorpresa al descubrir que tomado de la mano de un hombre con amplias alas y enorme cola, iba volando.

Al demonio no le interesaba más el alma de Leobardo, pues ahora era suya la del borracho desobediente.



LA LADRONA

Cuando Pacho aún no contaba con el servicio de agua potable, las amas de casa solían bajar a lavar la ropa en las pozas que se encontraban situadas por el barrio de La Cañada.

Cierta vez, en ese lugar ocurrió lo que antes no había ocurrido: la ropa que las mujeres dejaban serenándose comenzó a perderse durante varias noches consecutivas.

Las señoras, preocupadas y sorprendidas llegaban a la poza y no encontraban la ropa que debían enjuagar; se quejaron con sus respectivos esposos, pues no era justo que los trapos desaparecieran nomás porque sí.

Entonces tres de ellos tuvieron la idea de ir a la poza una noche, con el propósito de descubrir al ladrón. Llegaron sigilosamente y se internaron entre las matas de café. Estaban contando chistes para no dormirse, cuando Román, uno de ellos, exclamó:

- ¡Ya vieron esa sombra?

- ¡Cuál? -, contestó Andrés.

- Parece que es una vieja, tú-, señaló Lorenzo

- Entonces esa es la que se roba la ro...

- ¡Bueno, cállense ya! ¿No ven que puede escucharnos y huir?
- replicó Román -, mejor acerquémonos a ella sin hacer tanto ruido.

Se acercaron y vieron que la mujer vestía de blanco y su cabellera larga brillaba con el resplandor de la luna. Estaba juntando unas prendas que las lavanderas habían dejado serenando sobre el pasto, como trampa para descubrir al ladrón.

Las recogía y depositaba en una enorme bandeja roja. Luego tomaba otras y las enjuagaba golpeándolas muy fuerte sobre la piedra.

- ¡Oiga, señora, ¿por qué está lavando a esta hora?

Como la mujer seguía con su labor y no le contestaba a Román, intervino Andrés.

- A ver, explíquenos, ¿qué hace esa ropa en su bandeja? ¿Por qué se la lleva? ¿Qué no sabe que robar es un grave delito? Andele, vamos al pueblo para que declare y explique lo que está haciendo.

Pretendió tomarla del brazo, pero al hacerlo tuvo la sensación de tocar simplemente aire.

Volvió a intentarlo ¡y nada!

- ¡Ah, chingau!

- ¿Qué pasa, Andrés?

- Pues que esta chingada vieja no se deja agarrar, creo que está hecha de aire la muy cabrona.

- ¡No le hagas! - exclamó Lorenzo.

¡Señora, señora, conteste! ¿Qué es usted sorda o qué?

Cansada de tantas preguntas, acusaciones y mandatos, la señora se dio la vuelta, mostrándoles la cara cubierta de plumas y hermoso pico rosado, a la vez que les contestaba con una voz extraña:

- Yo estoy sorda y ustedes están mudos.

Y transformada en una preciosa garza del tamaño de una mujer, emprendió el vuelo hacia el río gritando estrepitosamente:

- ¡Aaaaay, no me hagan daño, aaaay!

- ¡Ah, chingau! Con razón mi mano traspasaba su brazo si es un espanto - dijo Andrés a sus compañeros, quienes se habían quedado con la boca abierta observando cómo se perdía la silueta en el cielo.

Al otro día temprano todas las lavanderas comentaron el resultado de la misteriosa desaparición de la ropa, regaron harta agua bendita por toda la poza y ¡santo remedio!, jamás volvió a perderse ni un calcetín.

LA LAVANDERA

Una vez fui a Laguna Seca con mi hermano y papá, ya tiene mucho tiempo, pues Julián todavía era un chiquillo. Recuerdo que había un caño que atravesaba la casa de Sotero Cabañas y otro en medio de un naranjal, que conducía a la vía del Ferrocarril.

Íbamos por ahí cuando vimos una mujer vestida de blanco que hincada lavaba y lavaba sin descanso. Tenía el cabello largo y un vestido blanco muy bonito, como de novia.

Yo, que ya había escuchado hablar de la llorona, le comenté a papá:

- Oye, papá, ahí está la llorona, ¿verdad que sí es ella?

Él me hizo una seña para que guardara silencio porque de lo contrario Julián se pondría a llorar.

- No, la que está lavando es la esposa del difunto Rómulo Torres.

- ¡Ah! sí, sí, ésa ha de ser -, le seguí el juego a papá.

Ya estando en la finca, me dijo:

- Mira, ahorita que regresemos vamos a ver bien donde estaba lavando la mujer.

- Sí, ¿pero no debo decirle nada a Julián?

- No, no abras la boca para que no lo asustes.

- Está bien papá.

Al volver por el mismo sitio descubrimos que la poza en que lavaba la llorona estaba muy profunda y, sin embargo, ella había estado hincada tranquilamente. Ahora ya no me cabía la menor duda, la mujer de blanco era la llorona y podía andar en el agua sin sumergirse.

Por suerte no gritó cuando anduvimos por ese lugar pues, de otra forma, Julián se hubiera desmayado por la impresión tan fuerte que le iban a producir los berridos.



UNA PRESUNTUOSA MUJER

Mi abuela me contó que cuando era joven siempre tenía que tomar precauciones al salir de noche porque antes no había agua potable ni luz eléctrica; su casa era de madera, estaba rodeada de cañas y como a trescientos metros pasaba un caudaloso río. En el día se oía claramente el canto de las aves, el bramido de las vacas, el ladrido de los perros y una que otra plática de personas que transitaban por el lugar; en tanto que por la noche no podía verse muy bien porque una gruesa capa de neblina empañaba todo y se comía a los árboles más altos, sólo las mariposas nocturnas se atrevían a salir de sus escondites para pasear a esas horas en que ningún humano lo hacía por miedo a toparse con la llorona, ya que muchos aseguraban haberla visto deambular sobre el río.

Según narran, antes de que la llorona se convirtiera en fantasma, era una joven realmente hermosa, tan bella que ninguna mujer del pueblo podía comparársele. Sin embargo, tenía dos graves defectos: era sumamente creída y vanidosa y, para colmo, odiaba los niños.

Un día salió desde muy temprano a casa de unos señores que la habían invitado a una fiesta en la cual conoció a un fuereño muy bien parecido, quien la cautivó desde el primer momento en que lo vio. Él también se enamoró de ella. Platicaron y se pusieron de acuerdo para verse al día siguiente. Las citas continuaron diariamente hasta que la engreída mujer se entregó en cuerpo y alma a su pareja.

Su familia la regañaba y le advertía que tuviera cuidado debido a que al hombre no le veían buenas intenciones, pero ella les contestaba a gritos que la dejaran en paz, que ya estaba grande y sabía valerse por sí misma.

Igualmente, las pocas amistades que sentían aprecio por ella le decían que el supuesto novio era casado y tenía varios hijos, pero de nada sirvieron los consejos porque la muchacha resultó embarazada.

Temerosa, y al no saber qué hacer, se lo contó a su compañero, quien la dejó sola, argumentando que la criatura no era de él y no era de él; se fue lejos y nadie supo hacia donde.

Como no tuvo el apoyo de quien más quería, la chica se fajó el vientre para que nadie sospechara que estaba en cinta, y esperó que naciera el bebé. Una vez que dio a luz, tomó al niño, lo enrolló sin el menor sentimiento maternal, se dirigió al río y lo arrojó como si hubiera sido un saco de basura.

La corriente se encargó de arrastrar al pequeño cuyo llanto se confundía con la fuerza del agua que golpeaba con las rocas.

A partir de ese día la burlada señora empezó a comportarse de una extraña manera, pues ya no salía de su casa tan frecuentemente ni platicaba con nadie. Dicen que su preciosura se marchitó como flor sin agua debido a la desilusión tan amarga que vivió con

el hombre al que tanto amó. Enfermó de tristeza y remordimiento por haber dado muerte al único recuerdo de su amado, pero nunca fue aceptada en el paraíso celestial y su peor castigo ha sido vagar, llorar y buscar al hijo no deseado.

LOS GRITOS DE LA LLORONA

Cada vez que mi cuñada tenía bebé, se levantaba todas las madrugadas a preparar el biberón. De repente, una noche percibió un horrible lamento femenino:

- ¡Aaaaay! ¡Aaaaay! ¡Aaaaay!

- ¿Qué pasará? Creo que alguien está golpeando a su esposa.

Siguió preparando la mamila; pero de nuevo se hicieron patentes los chillidos; sintió miedo y mejor se fue a su recámara. Iba llegando a la cama cuando se oyó el tercer alarido:

- ¡Aaaaay! ¡Aaaaay! ¡Aaaaay!

- ¡Julián, Julián! ¿no escuchas que por ahí grita algo muy feo. Yo no sé qué es, pero tengo terror.

Su esposo no contestó, estaba bien dormido.

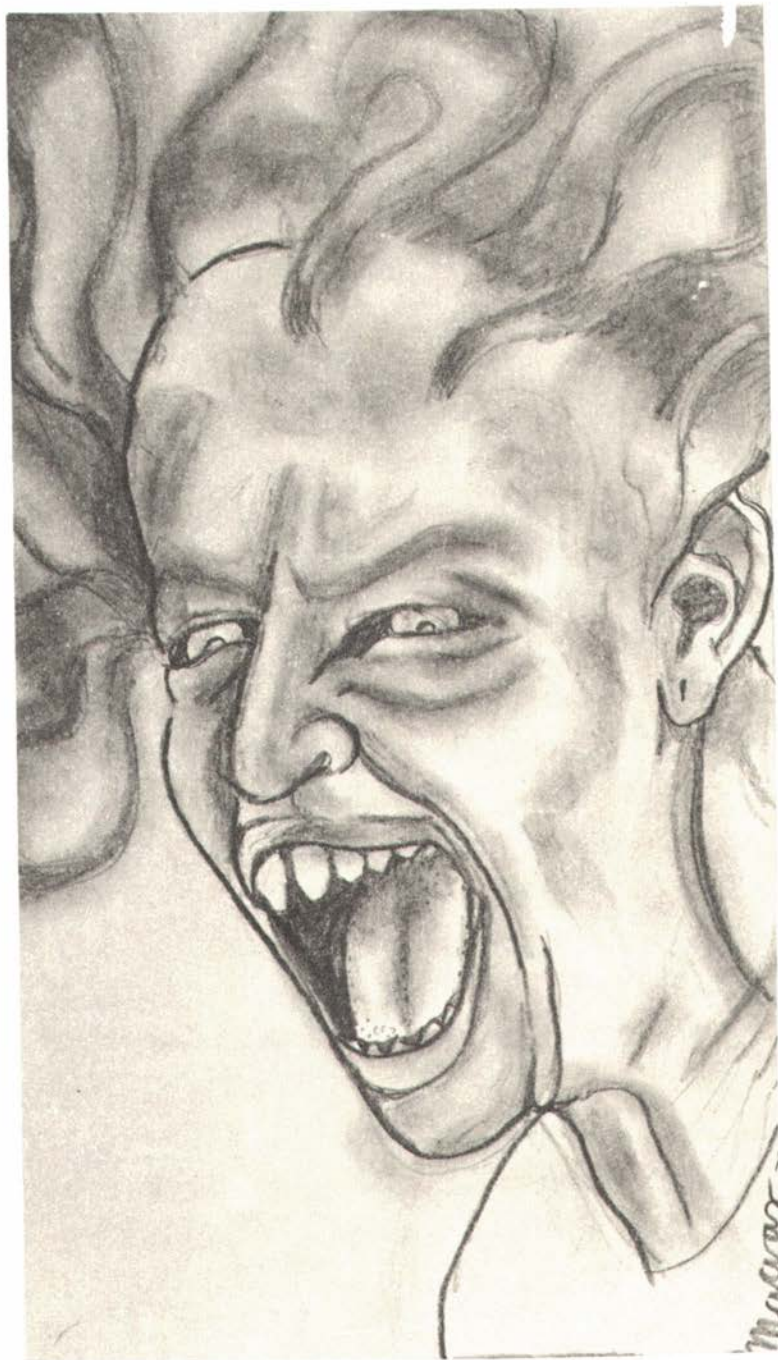
Después de unos días, mi cuñada contó lo sucedido a su vecina, quien le contestó:

- ¡Ay mujer!, lo que tú has oído no es otra cosa más que la llorona.

- ¿La llorona? ¿Pero cómo?

- Sí, la llorona. Yo seguido la escucho cuando pasa para un lado y para otro y también me da pánico porque son espantosos sus chillidos.

Afortunadamente las dos mujeres nunca tuvieron la oportunidad de verla, pero con sus gritos fue más que suficiente para asustarse.



LA JOVEN DE LA BACINICA

Un sábado me senté con mi abuela a tomar café y me contó que cuando estaba recién casada se quedaba sola en casa mientras su señor iba a las milpas; pero no se aburría gracias a que todos los días recibía la visita de una joven que tenía por costumbre pasearse por la ventana de la cocina.

Para mi abue, ella era una dama singular, seria y elegante, pues vestía un hermoso traje negro de horganza con un velo en la cara y zapatillas de fino ante que contrastaban con su alto y esbelto cuerpo. Se veía bien linda y perpetuamente llevaba en las manos un candil y una bacinica.

Esta enigmática mujer solía deambular por el pasillo de la vecindad apenas llegaba la noche. Al principio causaba temor a mi abuela, mas poco a poco fue habituándose a las extrañas apariciones de la fulana, de quien no conocía ni su nombre.

Su marido le recomendaba:

- No hagas caso, tú, esa vieja vestida de negro ha de estar loca o de luto.

- Pero es que me preocupa su caminar sonámbulo y su mutismo.

- Pues déjala, algo le afligirá. Mejor sírveme un plato con frijoles y salsa y un jarro con café negro.

Mi abuela no podía preguntar nada a sus vecinos porque no le agradaba andar metida en argüendes y prefería dedicar sus ratos libres a tejer, bordar o preparar dulces en conserva para deleitar el estómago de su esposo.

Sin embargo, era mujer y su curiosidad femenina la indujo a seguir los pasos de la absorta moza, para lo cual esperó que cantaran los primeros grillos y brillaran los cocuyos en la oscuridad. Pretendía saber hacia dónde se dirigía, qué hacía, por qué siempre llevaba encendido su candil, por qué usaba la misma ropa...

Así pues, en cuanto apareció, mi abuela salió tras ella y grande fue su asombro cuando la vio atravesar tranquilamente la pared.

- ¡Ay, m'ijo!, sentí que se me salía el corazón. Me refregué los ojos con las manos, creyendo que estaba mirando visiones, pero no tenía ni una lagaña que empañara mi vista.

Ni una palabra de esto dije a tu abuelo hasta el día siguiente en que le pedí me acompañara al pasillo y ambos quedamos convencidos que la elegante dama pertenecía al inframundo.

Poco después mis abuelos supieron que ella se llamaba Florencia y andaba penando por dos razones que no le permitían descansar en paz: había sido malcriada con Jesusa, su madre; y se había quitado la vida.

Una bala perdida hirió de gravedad a Jesusa durante la Revolución Mexicana mientras se dirigía al campo y Florencia nunca la cuidó, pese a que era hija única.

Jesusa falleció a los tres días y entonces Florencia reconoció que había perdido toda la fortuna que significa una madre. Ahora estaba pobre y era la más miserable de las hijas. Lloró y lloró de amargo arrepentimiento y, al no soportar vivir sin Jesusa, que representaba todo su caudal y era su única familia, se clavó un filoso cuchillo en mitad del corazón.

La gente atestigua que aún se le ve por las noches cargando su despostillada bacínica de peltre y su candil prendido.

LAS ANIMAS BENDITAS

Donde ahora es el campo deportivo antes sólo había siembras de cacahuete, la gente solía pasar por ahí cuando tenía que ir a La Ordiña, porque aún no había transporte de un lugar a otro. El único obstáculo para ir a ese lugar ha sido el maltratado puente de rieles debajo del cual corre agua sucia y contaminada, producto del drenaje de la comunidad, por lo que resultaría peligroso caer.

- Bien, pues ya tú ves que la gente aún acostumbra dar ofrenda a sus familiares en Todos Santos y mi abuelita Santos tenía una hermana en La Ordiña, a la que le iba a mandar tamales, mole, pan y chocolate con su sobrino; ella no podía hacerlo personalmente.

- Ay m'ijol, por favor ve a La Ordiña a llevarle unas cosas a mi hermana, es que yo acabé bien cansada de tanto trajinar en la cocina.

- Si tía, no te preocupes, yo lo haré.

- Pero te vas rápido, m'ijo

- No tengas cuidado, tía, nomás deja que me eche un sueñito.

- Andale, m'ijito, pero no te me tardes. Mientras, prepararé el morral y...

La tía no acabó de decirle a mi primo lo que tenía que hacer porque con su misma voz dulce lo había arrullado. El otro despertó una vez que sació sus deseos de dormir agarró el morral y se despidió de mi abuela.

- ¡Adiós, tía!

- ¡Andale, m'ijo!, que te vaya bien. No demores para que cenes conmigo.

El chamaco se llevó el morral del itacate, pasó bien el puente de rieles y quedó admirado cuando vio que una multitud se acercaba a él. Chicos y grandes rezaban y al frente de la procesión iba un señor muy anciano, arrugado, sin cabello, jorobado, sin dientes, sin más ropa que unos viejos hilachos que pendían de su cuerpo como el fresco heno de los árboles, con un humeante copalero entre sus manos. Sus miradas chocaron justamente en el momento en que el sobrino de mi abuela pretendía ocultarse en los cañales.

- ¿A dónde vas, muchacho?

- Er... a La Orduña, señor.

- ¿Y ustedes de dónde vienen? Yo nunca los he visto por acá.

- ¡Uy!, venimos de muy lejos y también vamos para La Orduña. Acompáñanos! Mira, ten, prende este cirio para que no seas el único que no lleva.

- Bueno, sigamos, entonces.

Mi primo se fue con ellos, pero se asombró que entre más andaban mayor era el número de gente que se congregaba, pero lo más raro es que todos estaban despeinados y llevaban puestos estropeadísimos harapos como si procedieran del más paupérrimo sitio del mundo.

- A lo mejor llevan muchos días deambulando sin descanso, pensó mi primo.

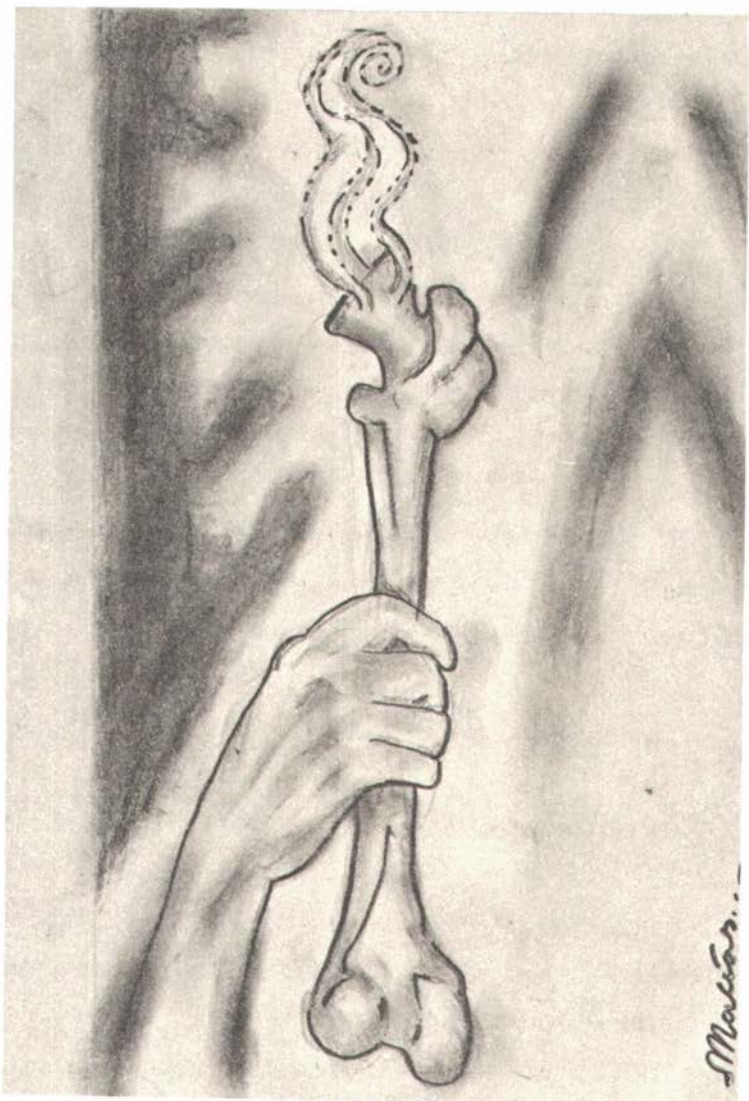
Todos caminaban, caminaban y caminaban, pero ni los más ancianos, ni las mujeres ni los niños más pequeños presentaban síntomas de cansancio, en tanto mi primo se moría por llegar a su destino.

Habían andado más de cuatro horas y no podían llegar a La Ordiña. El muchacho ya estaba bien agotado de los pies y desesperado porque no veía señas del pueblo al que lo habían enviado.

El canto de los grillos anunciaba la proximidad de la noche.

En eso, a mi primo se le apagó la vela que tenía en sus manos y, al querer prenderla de nuevo, quedó con los ojos bien abiertos al descubrir que la cera se había transformado en una canilla humana a la cual arrojó en medio de unos crecidos cañales. Más eso no fue todo porque sus acompañantes desaparecieron en el aire dejando el eco de sus oraciones y una espesa estela de humo con olor a copal.

Después de esto, el joven se vio en la necesidad de correr y correr sin descanso hasta llegar a La Orduña, y al regresar a Pacho, aterrorizado, tembloroso y pálido, pidió a mi abuela que no volviera a mandarlo a ese lugar, mas no le dio sus razones por desconfianza a que no le creyera cuanto había presenciado.



GERTRUDIS Y EL PITUCHE

Gertrudis era una frívola mujer a la que le gustaba muchísimo asistir a los bailes y no se perdía ninguno, a no ser que le faltara ropa y zapatos nuevos. ¡Ah!, porque eso sí, era la más presumida del pueblo. Pero aconteció que el día en que se anunciaba un gran baile en honor al santo patrón del lugar, Gertrudis no tenía un solo centavo y se lo hizo saber a Lupe, su mejor amiga.

- ¡Oh, Lupe!, yo no sé cómo le voy a hacer, pero tengo que ir al baile de esta noche cueste lo que cueste, así me encuentre al mismísimo diablo y tenga que venderle mi alma.

- Anda tú, ¿qué estás loca para decir esas cosas nomás por un simple baile?-, contestó su amiga.

- ¡No, qué va! Pero ya verás como ahí estaré. Allá nos vemos.

Se fue dejando a Guadalupe pensativa; caminaba tan aprisa por una negra y solitaria calle, que hasta se le olvidaron sus locas ideas. Al tropezarse con una piedra comenzó a sobarse el pie y cuando volteó divisó a un muchacho bastante guapo, que le preguntó:

- Oiga señorita, ¿a dónde va?

- Voy a mi casa.

- ¿Y qué hace tan sola?
- Pues vine a visitar una amiga para invitarla al baile.
- ¿A poco le gusta mucho bailar?
- Sí, justamente al rato habrá uno.
- ¿Y asistirá?
- Eso vengo pensando. Tal vez no, porque siempre que lo hago suelo estrenar ropa y zapatos ,pero ahora no tengo ni un centavo.
- Bueno ¿y como cuánto necesita?
- Pues... este... ¿para qué quiere saberlo?
- Mire, si gusta yo le presto lo que quiera y pasando el baile me lo regresa, ¿no?
- Pero es que... yo ni le conozco ni le he visto antes...
- ¡Nada! Yo le daré la cantidad que me pida con tal de que se divierta.
- Está bien. Muchas gracias joven.

Llegó el momento del baile y Gertrudis se arregló como nunca lo había hecho, para presumirles a sus amigas. Anduvo danzando con todos los hombres ahí presentes mientras su amiga Lupe, a la que había asegurado que ahí coincidirían, se sorprendió al verla tan bella:

- ¡Qué raro!, dijo que no vendría sin estrenar y lo cumplió. ¿Cómo le haría?

Días después el hombre que le había hecho el préstamo se encontró a Gertrudis y ella le pagó la deuda pendiente.

- Oye, no sabes lo agradecida que estoy contigo porque en verdad que aquella vez atravesaba por una situación bien crítica.

- No tienes por qué agradecer tanto mujer, pero ¿sabes qué? Yo no acepto el dinero que me estás dando porque es distinto al que yo te presté. Este no me sirve.

- Ay!, si todo dinero es igual. Tú me diste billetes y yo te los regreso.

- Sí, pero quiero el mismo. Tú ves cómo le haces pero me lo consigues cuanto antes.

- Usted prometió no cobrarme réditos, así que tenga y hasta pronto.

La mujer no le hizo gran caso y siguió su camino; según ella, la deuda estaba saldada.

El caballero se marchó también y no volvieron a verse por semanas enteras hasta que se encontraron en un baile.

- ¿Aquí estás...? -, preguntó ella.

- Sí, vine a verte por lo del otro día.

- ¿Lo del otro día? ¡Ah!, lo del dinero.

- ¿Ya me conseguiste el mismo que te presté?

- ¿Otra vez? ¿De dónde quieres que lo saque si todo vale igual?

Mire, mejor vamos a bailar y luego hablamos de eso.

- Pues órale, vente para acá.

Ambos se pusieron a bailar todas las piezas musicales que el conjunto ejecutaba, platicaban de diversas cosas y se hicieron buenos amigos. No volvieron a tocar más el asunto del dinero; pero nomás de rápido se alzó un fortísimo ventarrón que arrasó con todos los arreglos del salón, llenó todo de polvo y Gertrudis se esfumó junto con su guapo acompañant, que no era otro más que el mismísimo pingo, quien se la había llevado por ambiciosa y fastidiosa.



EL ALMA SEDIENTA

Hace como veinte años, cuando carecíamos de agua potable y teníamos que ir por ella hasta la poza, me ocurrió algo bien curioso.

Fijate que un día salí bien temprano de la casa con dos cubetas para llenarlas. Bajé la loma, llegué hasta la poza, llené mis recipientes y subí; pero cuando iba yo cerca de la higuera alcancé a escuchar una desesperada voz que se dirigía a mí:

- ¡Quiero agua! ¡Quiero agua!

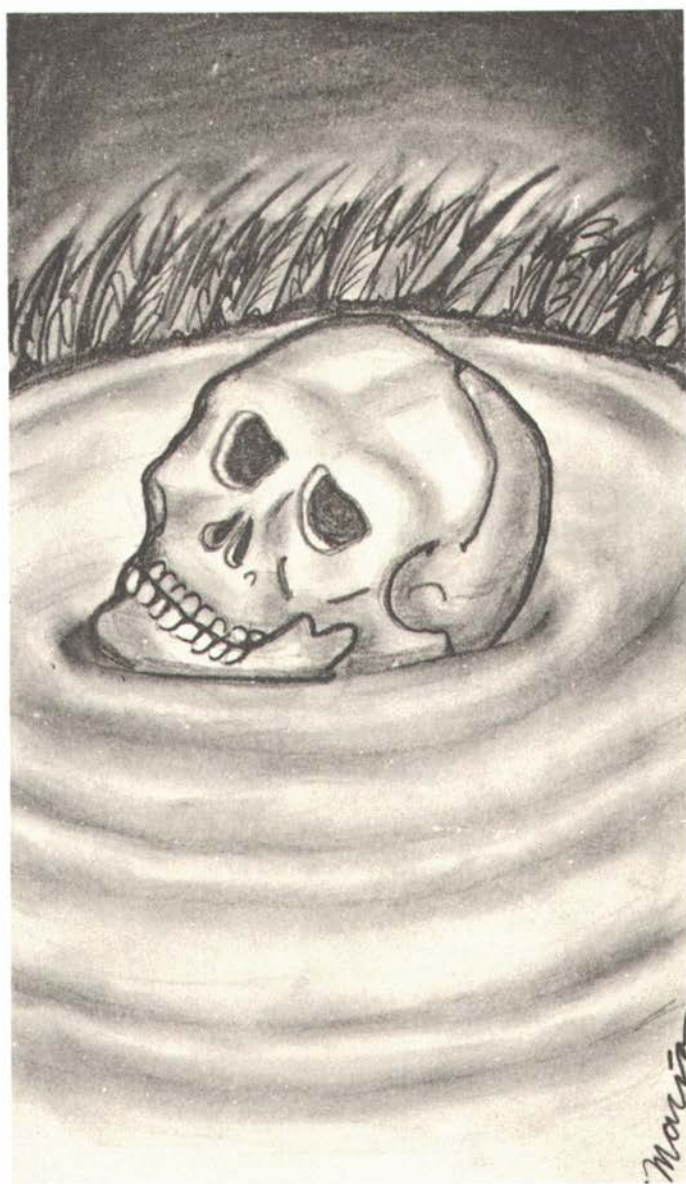
Antes, al bajar el camino, vi a lo lejos una luz en el panteón, frente a la loma, mas no le tomé interés porque creí que era una veladora encendida.

No hice caso y seguí caminando hasta llegar a la higuera, donde siempre descansaba un rato, pero esta vez no lo hice porque la voz nuevamente suplicó:

- ¡Dame agua! ¡Dame agua! ¡Tengo sed!

Entonces, sin descansar, apreté el paso y me detuve hasta salir al camino.

Ese día no pasó otra cosa más rara que la voz y la luz que percibi a lo lejos, en el camposanto, lo cual me provocó cierto miedo y nunca más volví a ir por el agua antes del amanecer.



LA REINA DE LA NOCHE

Jeremías se llamaba el muchacho al que le encantaba andar de baile en baile en cada comunidad. Era desobediente, en ese aspecto, ya que sus padres, que eran delicados y lo cuidaban mucho, le prohibían que saliera por las noches debido a lo peligroso de los caminos; temían que fueran a asaltarlo o a golpearlo.

Van ustedes a creer que un día Jere supo que había baile en La Orduña y, como allá vivía su novia, le prometió que no fallaría.

- ¡Chin...! Yo no sé cómo le voy a hacer, pero tengo que ir a como dé lugar. No quisiera dejar plantada a Conchita, pues luego pensaría mal de mí.

Él se había escapado en diversas ocasiones para ir a los bailoteos, y sus padres nomás lograron descubrirlo una noche; sin embargo, esta vez las cosas se complicaban un tanto porque pasaba de las diez y la gente grande, que siempre se acostaba temprano, no se iba a la cama.

- ¿Qué te pasa, Jere? ¿Te sientes mal? -, preguntó su madre, que lo notó nervioso.

- Nada, mamá. Me siento bastante bien.

- ¿Entonces, a qué se debe tu desesperación?

- ¡Ay hijo, te noto nervioso! ¿De veras no te duele nada?

- ¡Sabes qué, mamá? Lo único que tengo es... hambre. Er... sí... , tengo hambre.

- Pues cena, muchacho. Yo ya me voy a dormir, tengo mucho sueño y creo que tu papá ya se acostó. Calientate la cena y las tortillas, el café está hirviendo, acabo de sacarlo de la lumbre...

- Está bien, mamá. Acuéstate y no te preocupes por mí que estaré bien en cuanto cene.

Jeremias ya estaba bien bañadito y se había puesto nuevamente la misma ropa sucia a modo de evitar sospechas, aunque ya tenía listo el pantalón, la camisa y los zapatos que habría de ponerse.

En cuanto escuchó los ronquidos de sus papás, de inmediato se arregló antes que continuara haciéndosele tarde. Ya bien presentable, salió sigilosamente cerrando la puerta con mucho cuidado para que no se hicieran notar los rechinos. Estaba animadísimo por ver a la novia y bailar sólo con ella.

Tomó el camino del campo deportivo, que era el único conductor a La Orduña, vio a una mujer a lo lejos y la esperó. Se veía muy bonita con su vestido blanco, de fina tela, largo y con su pelo suelto cubierto por un velo blanco de elegante tul.

- ¡Buenos... buenas noches! ¿Qué hora será? ¿A poco te diriges al baile de La Ordiña? Si es así, permíteme acompañarte, ¿Sí?

- Ммммммм...

La blanca mujer no contestaba, parecía absorta en la oscuridad.

- ¿Y por qué no llevas a alguien contigo? ¿No te da miedo la llorona o algún fantasma nocturno?

- ¡Ja, ja, ja, ja! -, sonrió ella.

- ¿De qué te ríes? ¿Crees que no existen?

- ¿Podría contestar tu pregunta al ratito? ¡Ja, ja, ja, ja!

- Pues... sí. Oye, ¿y tu familia te deja salir sola o te escapaste como yo?

- Ni una cosa ni la otra. Yo soy la reina de la noche y hago lo que me dicta la gana.

- ¿Tanto así? Eso quiere decir que te has escapado.

- Ммммммм...

- Oye, ¡qué bonito cuerpo tienes y qué hermosa te ves! ¿Pero por qué no descubres la cara para que te pegue el viento? Anda... quiero conocerte. ¡Quítate el paño!

- ¡No!

- ¿Por qué?

- Es que estoy bien fea.

- No te creo.

- Mira, sin darnos cuenta hemos llegado al puente de rieles. ¿Qué te parece si seguimos platicando un rato? ¿Tienes prisa?

- Como tú digas, por mí no hay problema; tengo toda la noche por delante. Bueno, pues te decía, fijate que la gente siempre me ha catalogado como la mujer más fea del mundo.

- ¿Y eso? A lo mejor te tienen envidia. Tú a mí me gustas, aunque no te conozca, y me muero por darte un ... beso.

- ¿De veras morirías por mí?

- ¡Seguro!

- Entonces... ¡bésame!, pero no abras los ojos hasta que yo te diga, ¿entendido?

- ¿Por qué no debo abrirlos?

- Es que tiene siglos que no recibo un beso.

- ¡Oh, no exageres!

- No exagero, Jeremías.

- ¿Qué? ¿Cómo supiste mi nombre?

- Me imaginé que así te llamabas.

- Bueno, ¿cuál es el tuyo?, ¿de dónde vienes?

- ¡Ja, ja, ja! Eres bien preguntón; pero te diré mi nombre, mi lugar de procedencia y mi temor hacia los fantasmas nocturnos sólo si ... me besas... ¡házlo!

El muchacho se sintió en las nubes cuando desprendió el velo de la joven y saboreó por un gran rato las mieles de sus labios, sin embargo, lo venció la curiosidad por conocer el semblante de su nueva amada y, al hacerlo, quedó horrorizado al descubrir que estaba besando a una vieja decrepita, desdentada y bibosa quien, velozmente, brincó al río y, caminando sobre el agua sucia, lanzó un estruendoso alarido tan feo que el muchacho permaneció tieso por un momento sin saber qué hacer hasta que, completamente

atarantado, salió corriendo de vuelta a su casa. Cuentan que a los dos días del encuentro con la reina de la noche, estaba tendido en el ataúd.

Yo digo que eso debe servir de ejemplo a los jóvenes desobedientes y rebeldes que no entienden los consejos y hacen su voluntad, aunque luego, tengan que ofrendar su vida a seres sobrenaturales.



LA VOZ DEL POZO

Hace mucho, cuando yo era niña, mi abuelito nos platicaba que siempre que iba a su finca pasaba por donde está un pozo abandonado y escuchaba a alguien que le decía:

- ¡Toño, Toño, sácame de aquí!

Al principio, contaba él, le causaba miedo, pero poco a poco fue acostumbrándose y ya no hacía caso porque como ese terreno era de su propiedad, forzosamente debía transitar por el lugar y constantemente percibía lo mismo.

- ¡Toño, Toño, sácame de aquí, sácame de aquí!

El hombre seguía sin tomar en cuenta la petición de la persona que se hallaba dentro del pozo.

Así pasó el tiempo hasta que llegó a visitarnos un primo proveniente de Xalapa, al que mi abue narró todo cuanto oía e inmediatamente trajo un detector de metales y rastreó el pozo, mas nada encontró pues probablemente había oro, pero la suerte nomás era para mi abuelo, a quien no dejó de molestar la voz que finalmente acabó siéndole familiar.



LA NAHUALA QUEMADA

Cada vez que Carmela iba a lavar ropa ajena al río dejaba a su hija Leticia en casa para que hiciera la comida. Antes de irse, le indicaba:

- Hija, te dejo los frijoles en la lumbre; les apuras para que cuando yo retorne estén listos.

Pero cuando regresaba se encontraba con que los frijoles no estaban cocidos aún y al interrogar a la chamaca, ésta le contestaba que no podía acercarse al brasero porque se le aparecía una espantosa culebra tan grande y gordota que le producía harto miedo.

La lavandera no creía en su hija y le reclamaba:

- ¡Es que eres floja! ¡Cómo es posible que no atices la lumbre para que se cozan los frijoles!

- ¡Ay mamá!, es que cuanto tú te vas yo intento arrimarme al brasero y sale el animal que no me deja ni agarrar los tizones.

- ¡Pues no es verdad! ¡Es tu pereza lo que te hace ver visiones! Tienes que enseñarte a guisar, entiende que yo vuelvo cansada de lavar y con bastante hambre y, para colmo, no encuentro nada que comer. ¡Mira nomás, chamaquita floja! Yo no te voy a vivir siempre, así que aprende a guisar. ¿Oíste?

- Pero es que mami...

Y así pasaron dos semanas en que Leticia no podía ni acercarse a la fogata por temor al reptil que, apenas sentía su presencia, salía de su guarida y le enseñaba la lengua al tiempo que despedía una sustancia babosa y amarillusca; pero lo peor de todo era cuando su mamá retornaba porque, al no hallar ni frijoles, la arrastraba de los cabellos y la regañaba feo.

Por otro lado, en el pueblo vivía una señora egoísta, ambiciosa y envidiosa que era comadre de Carmela, pero sentía coraje ver progresar a los demás cuando ella no tenía ni frijoles ni salsa para comer debido a que pasaba los días durmiendo en la hamaca y haciéndole mal a la gente.

Pero, volviendo a lo de la lavandera, un día, cansada de la misma situación, agarró su bandeja de ropa y fingió irse al río dejando una olla con agua caliente en la lumbre. Cuando comprendió que había hervido lo suficiente, entró a la cocina, donde realmente pudo comprobar que Leticia no mentía, porque bajo el fogón estaba la culebrísima asustando a la niña que lloraba y temblaba inconsoladamente.

Carmela, indignada, agarró la olla de agua hirviente y la arrojó a la víbora, la cual se retorció y se retorció de dolor.

A la mañana siguiente, cuando la mamá de la niña se encontraba lavando en el río se enteró de algo muy extraño: su comadre estaba grave porque se había quemado.

- ¿Cómo voy a creer que le haya ocurrido eso a mi comadre?, ¿pues cómo se quemó?

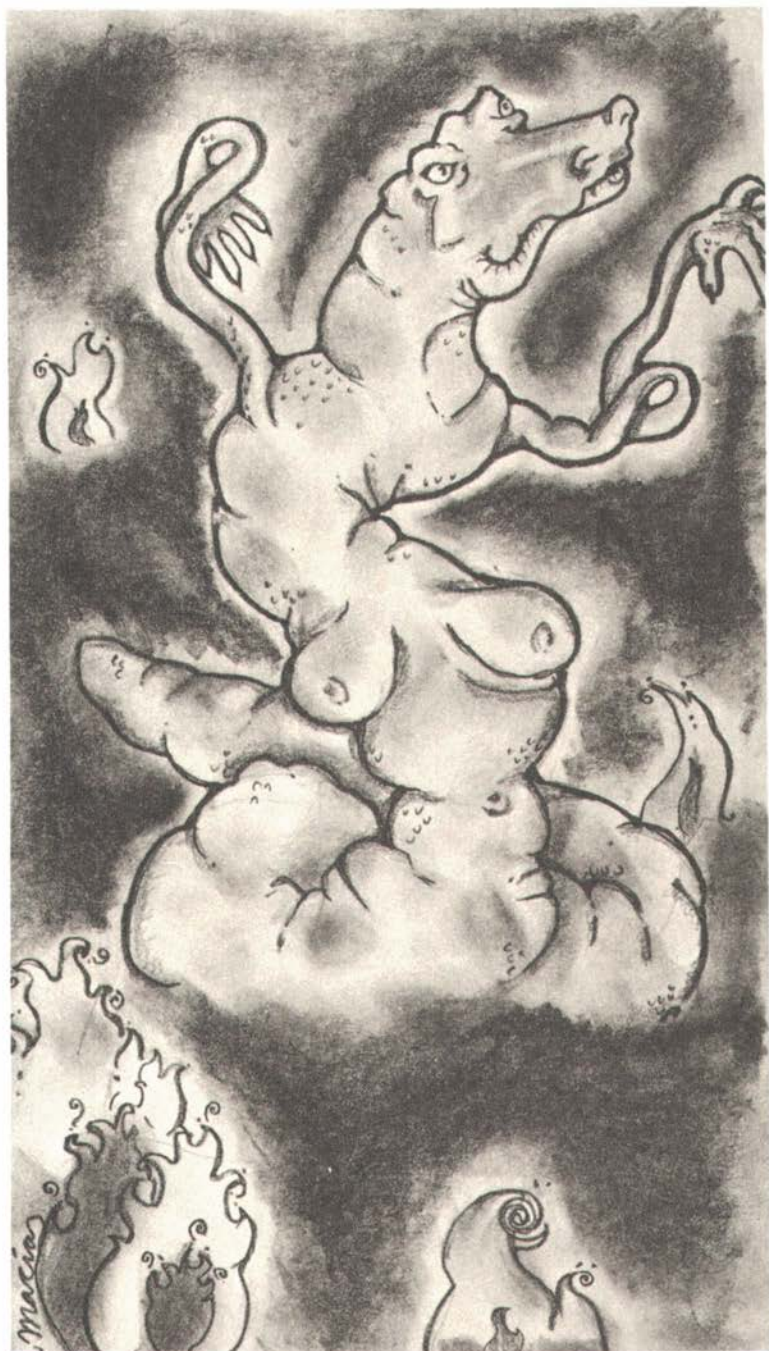
- Pues se quemó de la cabeza. Dicen que le cayó agua hirviendo en la cabeza y el cabello se le cae por montones con todo y cuero.

- ¿Y cuándo pasó eso?

- Mira, Carmela, yo la vi anoche y me contó que se quemó por la mañana.

- ¡Uy, qué raro! A mí se me hace que...

Carmela se quedó en suspenso, mas pronto imaginó que la culebra que asustaba a Leticia era su comadre pues ya antes, convertida en otros animales, había espantado a mucha gente, pero nadie le había dado su merecido como ella.



EL ENEMIGO

De niña, Maga era bien inquieta y le fascinaba jugar sola en los montes a cualquier hora del día.

Una vez, la niña visitó a su tía que acababa de dar a luz un precioso niño y ahí permaneció durante cuatro semanas en las que se dedicaba a lavar pañales y cuidar al bebé y la parturienta. Pero como su tía tenía otros hijos, Maga se encargaba de atenderlos mientras se restablecía la mamá. La chiquilla, de tan sólo once años acababa rendida porque después de realizar todos sus quehaceres se dedicaba a jugar con los mocosos hasta que, agotados, se iban derecho a la cama.

Por la mañana, salían muy temprano al patio a jugar una ronda en la que repetían:

*"San Miguelito déjame pasar,
quitate diablo que voy a rezar."*

En el lugar de entretenimiento había unas plantas llamadas uñas de gato, las cuales estaban rodeadas de abundantes espinas.

Pues bien, una de tantas noches en que Maga se divertía con los chiquillos, vio que un hombre vestido de negro salía de la casa y se dirigía hacia una loma, por la parte de atrás.

Ella imaginó que era su tío y, sin dar mayor importancia, continuaron con su pasatiempo favorito.

*“San Miguelito déjame pasar,
quitate diablo que voy a rezar.”*

De pronto vieron un enorme perro negro, con los ojos muy brillosos y rojos, que iba en la misma dirección del supuesto tío. Las gallinas comenzaron a cacarear, los burros a rebuznar, los caballos a relinchar y los coyotes a aullar, pero ninguno de ellos reparó en lo que acontecía, al contrario, siguieron en lo mismo.

*“San Miguelito déjame pasar,
quitate diablo que voy a rezar.”*

Enseguida escucharon una serie de quejidos y lamentos provenientes de la loma y pensaron que se trataba del tío, que trataba de espantarlos. Entonces, tranquilamente, fueron al lugar de los ruidos y arrojando pequeños guijarros, empezaron a gritar:

- ¡Papá! ¡Papá!, ya sabemos que eres tú el que nos quiere asustar, pero no tenemos miedo.

- Sí, papá. Ya sal de tu escondite

- ¡Anda, ven a jugar con nosotros!

El extraño hombre de negro se escondió detrás de una frondosísima uña de gato, y de vez en cuando asomaba la cabeza, pero todos los niños lo vieron y volvieron a decir con mayor fuerza:

- ¡Papá, ya te vimos!

- ¡Sí, ya sabemos, ya te vi, tío! -, dijo Maga

Pero para sorpresa de todos ellos, su papá les contestó del otro lado de la loma, cosa que les produjo un terrible escalofrío en todo el cuerpo. Se acercaron lentamente al misterioso hombre de negro, pero a medida que avanzaban un fuerte olor a azufre los molestaba, luego vieron un remolino que se acercó llevándose al hombre y el insoportable aroma.

Tras ese mal acontecimiento, los niños y Maga dedujeron que se trataba del enemigo y desde ese momento juraron firmemente no volver a jugar tan noche y menos a repetir la frase en la que involucraban al demonio.



EL INCREDULO NICOLAS

Toda persona que trabajaba en el campo hacia lo posible por llegar temprano a su casa porque tenían que cruzar el río o atravesar el panteón, en cuyo lugar aseguraban que se aparecía una vieja.

Casi todos los habitantes de Pacho Viejo la habían visto, a excepción de Pascual, mismo que les contradecía en sus creencias argumentando que esa clase de espantos no existían y que él, siendo tan macho, no temía ni al propio satanás.

Pero ocurrió que una helada noche en que había muerto un compadre suyo tuvo que asistir al velorio en el cual las familias del difunto convidaron café, pan, tamales, mole, chilatole y aguardiente. A Pascual se le pasaron las copas y de madrugada, torciendo los pies como catre viejo, decidió irse a su casa, para lo cual tomó la brecha más corta.

Ya en el camino, se detuvo un rato a contemplar la luna llena; luego encendió un cigarrillo, se lo llevó a la boca, exhaló el humo y se sorprendió al ver la silueta de una mujer escondida entre los cañales. Ella lucía un bonito vestido blanco y un velo del mismo color; su cabellera era tan larga como una cascada, y su cuerpo lucía bien esbelto.

Pascual le dio alcance, se le acercó y le preguntó:

- Oye mujer, hic, ¿qué andas hic haciendo por hic aquí tan hic sola? ¿Acaso vienes del hic velorio?

La muchacha, que se encontraba de espaldas, no contestó. Pascual siguió hablándole, con el afán de que le hiciera caso.

- Te estoy hic hablando. ¿Por hic qué no contestas hic?

Como tampoco obtuvo respuesta, halló más fácil tocarle el hombro y, cuando lo hizo, sintió que una fuerte corriente eléctrica paralizaba su cuerpo; pero más horrible resultó la impresión que se llevó cuando la mujer volteó mostrándole su rostro anormal lleno de pelos y sus ojos tan rojos como de diablo.

Pascual, a quien en ese momento ya se le había bajado el efecto alcohólico, pretendió evadir la mirada del monstruoso ser, mas sus piernas se negaron a obedecerle.

Entretanto, la hembra logró agarrarlo del brazo con sus frías y huesudas manos al tiempo que gritaba como si la estuvieran golpeando.

Despertorido, Pascual se derrumbó, sintiendo que caía en un profundo torbellino y que le faltaba el aire.

Al poco rato lo hallaron, aún desfallecido, al pie de una tumba perteneciente a una joven señora que había muerto luego de arrojar al río su criatura nomás por no ocuparse de ella.

El hombre despertó; su cuerpo temblaba, su cara lucía pálida, sus cabellos estaban erizados y le costaba trabajo articular palabra. Simplemente se concretó a decir:

- ¡La llorona! ¡La llorona! ¡Vi a la llorona! ¡La vi! ¡La vi!

Nadie le creyó debido al pestilente aliento alcohólico que presentaba y, así, se fue consumiendo poco a poco hasta que perdió la razón y días más tarde murió, convencido de que la llorona sí habitaba por estos rumbos.



EL MIEDO DE PANCHO

Cierta noche Pancho se disponía a realizar sus necesidades fisiológicas fuera de su casa, situada frente a la escuela primaria que antes tenía un enorme tramo cubierto de zacate, en el cual la señora de enfrente solía tender la ropa que lavaba.

Era de madrugada y había muchas estrellas en el cielo. Pancho, al salir de su casa, vio a una mujer que a esa hora recogía la ropa del zacate. Se extrañó un poco, pero, rápidamente imaginó que se trataba de su vecina.

- ¿Y ora esta seño? ¡Ah!, seguramente es doña Lupe, a quien se le olvidó meter la ropa ayer y apenas la está guardando.

Pues nomás de pronto vio que la mujer se levantó en el aire y comenzó a caminar rumbo a la calle donde se sitúa la cárcel, pero antes de entrar soltó tremendo alarido que puso los pelos de punta a Pancho.

El hombre quedó tan impresionado con lo que vio y escuchó que, sin reaccionar, cayó pesadamente al suelo y cuando volvió a la normalidad tuvo que meterse "gateando" a su casa, con los calzones abajo.

Desde esa noche, el espantado dejó de salir a orinar en la madrugada.



FUENTES DE INFORMACION

- Archivo de la Parroquia San Jerónimo de Coatepec.

- Registro Civil Coatepec.

- BERMUDEZ Gorrochotegui, Gilberto: **Historia de Jalapa Siglo XVII**. Universidad Veracruzana, Xalapa, Ver., 1995.

- VILLA, Irma - URIBE, Ramón: **“Pacho” en Política**, diciembre 1996.

INFORMANTES

José Ronzón Hernández (+)

Ciriaco Ronzón

Sotero Cabañas

Lilia Ronzón Díaz

Pedro Carreto

Maura Ronzón Domínguez

Cecilio Flores Sánchez

Guillermina Ronzón Domínguez

Marisa Moolick

M. Moraima Marín R.

*Antiguas escenas del Pacho Viejo que no
conocimos: narraciones populares*
se terminó de imprimir en agosto de 1998
en Editorial Ducere, S.A. de C.V.
Rosa Esmeralda No. 3 bis Col. Molino de
Rosas México, D.F. C.P. 01470.
La edición consta de 1,000 ejemplares más
sobrantes de reposición.





Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



008850

